



Yo soy el sueño

*Comedia dramática en tres actos*¹

Víctor Ruiz Iriarte

Juan Antonio Ríos Carratalá (ed. lit.)

El sueño es una constante del teatro de Víctor Ruiz Iriarte como expresión de un anhelo de los personajes que les lleva a intentar superar una vida desagradable mediante la fantasía². Este reiterado componente siempre está vinculado a una aspiración o un deseo. También a la necesidad de imaginar un ideal. En este caso, el sueño es el de Estrella, una joven que en compañía de su padre y unos pocos sujetos más se encuentra aislada en una isla solitaria del Pacífico durante doce años. Cuando llegó apenas era una niña, ha sido educada a salvo de cualquier contacto con la realidad exterior, pero al convertirse en una joven siente las mismas necesidades que otras mujeres de su edad. Un día descubre que Marcel Taverner, un oficial náufrago que irrumpe en su aislamiento, es su «sueño». La vida se impone: «Quiero escapar. No puedo resistir este deseo. ¡Escapar de aquí! ¡Quiero vivir como todas las mujeres!» (I), afirma Estrella después de soñar, como cada noche, con una vida distinta a la monocorde de su soledad. La trama de la obra permite la realización un tanto rocambolesca de esa afirmación vital. Marcel y Estrella parten con destino a un futuro prometedor porque están enamorados. Termina

así la muy literaria empresa de Andrés Kovach, un músico desengañado y amargado que arrastró a su soledad a unos pocos familiares y amigos.

Las islas solitarias siempre han dado mucho juego en la tradición literaria y teatral. Ruiz Iriarte no es original al concebir un marco idealizado en cuyo aislamiento es posible subrayar una situación insólita. Su amigo Enrique Jardiel Poncela le pudo haber facilitado algunos consejos al respecto. En este caso, el protagonista es Andrés Kovach, un enigmático músico que, a lo largo del segundo acto, nos descubre las razones de su voluntaria permanencia en un lugar alejado de cualquier contacto con la civilización: «Un día, hace muchos años, comprendí qué inútil es vivir cuando ya solo se guarda odio para los hombres y para el mundo entero» (II). La razón de tanto odio es la traición de la mujer a quien amaba hasta que, desesperado, la asesinó. La alternativa en busca de la paz, y la impunidad, consiste en renunciar a la fama de que Andrés Kovach disfrutaba para «vivir una vida nueva y alegre en soledad, sin otra compañía que mi violín, el mar y los árboles de la isla» (II).

El problema es que con su decisión Andrés Kovach también condena a su hija y a unos pocos sujetos que les acompañan. Al menos hasta que, de nuevo la tradición manda, un naufragio trae a Marcel y Hans a la isla solitaria. Son dos marineros de los bandos enfrentados durante la II Guerra Mundial. Uno es el captor y el otro el prisionero, pero ambos han salvado la vida y disfrutan de una amistosa relación porque comparten cultura y sensibilidad. Su presencia altera todos los planes de Andrés Kovach. Los marineros conocen su fama y le intentan convencer para que vuelva a la civilización, aunque sea la de unos países enfrentados en una guerra. Saben que «la vida es triste o loca» (II), pero merece la pena vivirla, sobre todo cuando se tiene la juventud de Estrella. Marcel y Hans no logran que el músico ponga fin a su «aventura» porque su amargura es ilimitada. Apenas importa, ya que la crisis provocada por la intervención de los marineros acarrea la muerte de quien con su desaparición facilita la vuelta a la vida de su hija y quienes la habían acompañado en la isla durante doce años. El final de Andrés Kovach es triste, pero la promesa de futuro para Estrella resulta compatible con el optimismo consustancial al teatro de Víctor Ruiz Iriarte. El parlamento final del capitán Marcel Taverner resume el

sentido de la obra: «¿Oyes, Estrella mía? Esas canciones también son la vida, como la muerte misma y el dolor. Del dolor solo pueden escapar los que sueñan... Ven. Yo te llevaré lejos. Yo te haré soñar... ¡Yo soy tu sueño!» (III).

La «comedia dramática» podría haber terminado con la sonrisa de los espectadores esperanzados al contemplar esa concreción de un nuevo sueño, pero el texto de Víctor Ruiz Iriarte nunca pasó de las páginas de una revista literaria publicada en 1945, la revista *Fantasía* (3 [25 mar. 1945]: 14-22). El autor sería consciente de este más que probable destino porque escribe con la libertad de quien no piensa en los límites y características de las compañías profesionales de la época. *Yo soy el sueño* puede ser llevada a la escena sin excesivos problemas, pero no se ajusta a los requerimientos comerciales del momento y carece del nervio de las escritas con la voluntad explícita de satisfacer un encargo. De ahí que el dramaturgo se deje llevar por una prolijidad que lastra el texto, la abundancia de referentes literarios hasta crear una ficción autónoma de cualquier realidad y una base narrativa que nos hace recordar los dramas dieciochescos que trasladaban a la escena unas novelas coetáneas donde el motivo del naufragio y la isla perdida también era muy socorrido.

Yo soy el sueño está escrita en plena II Guerra Mundial. No hay referencias explícitas a ella, pero la circunstancia de que aparezcan en escena Hans y Marcel, un marinero alemán y otro francés unidos ambos en la desgracia, es un síntoma del pacifismo que alentaba la creación del autor. Los dos combatientes son cultos y sensibles, la guerra apenas va a suponer una interrupción en sus vidas e imaginan que, una vez finalizada, podrán compartir las experiencias de una amistad que salvará cualquier tipo de frontera. La idea o, mejor, el ideal resulta algo ingenuo. También voluntarioso, pero coherente con el optimismo de un autor que apuesta por la vida en plena etapa de enfrentamientos a muerte.

La tesis dramática de *Yo soy el sueño* carece de una reflexión que la sustente sobre algo más que la mera voluntad. No hay argumentos, pero testimonia una actitud positiva que es la piedra angular de buena parte de la

obra teatral del autor. En esta ocasión, su concreción tuvo un escaso atractivo teatral. Se convirtió en un texto para unos pocos lectores. Apenas le importaría a un Víctor Ruiz Iriarte acostumbrado a esperar, a buscar sin desmayo los caminos de la representación pública. Y, simultáneamente, pudo escribir otras comedias con un reparto de papeles más ortodoxo de acuerdo con el canon comercial, que estaban claramente destinadas a las primeras figuras de unas compañías profesionales, tan preocupadas por no deambular por el vacío de los sueños. Las islas solitarias en el Pacífico, contempladas a los sones de una sonata para violín, suponían un riesgo excesivo para cualquier empresario.

Sin embargo, merecía la pena la recreación de este motivo literario para que, en los límites de la página mecanografiada, pudiera tener cuerpo un nuevo sueño de Víctor Ruiz Iriarte. Hans y Estrella lo encarnan porque son jóvenes y apuestan por la vida. Ahora lo podemos rescatar del naufragio del olvido, mientras evocamos una voluntariosa creación escrita con el lejano eco de una guerra.

Juan Antonio Ríos Carratalá

Universidad de Alicante

PERSONAJES

ESTRELLA.

ANA.

ANDRÉS KOVACH.

MARCEL TAVERNER.

HANS HEIBBEL.

SIMÓN.

PEDRO.

TONY.

EL TENIENTE.

Soldados y marineros³.

En una isla desconocida. Nuestros días.

Acto I

Una galería de mármoles blancos y antigua arquitectura. A través del techo de cristal se tamizan, con gracia, los rayos de un sol tropical vivo, alegrísimo y caliente. Fresca y rica penumbra de subterráneo. En todo el fondo, tres grandes arcos toscanos, deliciosamente estilizados. Del arco central parte, hacia arriba, una anchísima escalera, también blanca, en cuyo final, entrevisto bajo la clave del arco, aparecen las primeras hojas verdes del exterior. Los otros dos arcos dan paso a una galería paralela al escenario, que corre por debajo de la gran escalera. Bancos de mármol. Arquería también en los laterales. Pavimento de mármol gris oscuro, en baldosas. En primer término, un «gong» de grandes dimensiones. Muy de mañana. Arriba, al exterior, cantan quizá los pájaros. Aquí, en escena, el silencio es como una subrepticia interrogante. Ya se alzó el telón. Un instante después, una voz varonil, moza y contenta, desde lo alto de la escalera, canta con brío las primeras estrofas de «La Madelon»⁴.

VOZ.- «Pour le repos, le plaisir du militaire, / il est, la-bas, a deux pas de la forêt, / une maison, aux murs tous couverts de lierre, / "Aux Tourlouroux", c'est le nom du cabaret...»

(Calla la voz. Pequeña pausa. Y, al fin, por la gran escalera, descienden muy despacio, llenos de curiosidad y recelo, dos personajes: MARCEL y HANS. MARCEL viste uniforme de capitán francés en campaña; es parisién, tiene la sonrisa jovial y un poco pícara y la mirada dulcemente preocupada. HANS, teniente del ejército alemán, mozo rubio, grave, tostado por el sol. Ojos azules, mirada toda nostalgias. HANS viene mohíno y

preocupado. MARCEL, detrás, con un gracioso gesto superior. A media escalera se detienen y observan el interior, intrigadísimos.)

MARCEL.- ¿Qué?

HANS.- Nadie...

MARCEL.- ¡Qué extraño es esto...! ¿Dónde estamos?

HANS.- No sé... Es extraordinario. ¿Bajamos?

MARCEL.- Sí... Tú, delante. No olvides que eres mi prisionero.

HANS.- Es verdad.

(Bajan con cautela unos peldaños más. Se detienen.)

¡Ah!

MARCEL.- ¿Qué has visto? **(Contemplándolo todo fascinado.)**

HANS.- Mira... Es como un palacio. Un sueño.

MARCEL.- ¡Diablo! No digas. **(Se adelanta. Impresionado.)** Un palacio subterráneo en una isla del Pacífico, tan insignificante que ni siquiera aparece en los mapas. ¡Oh! ¿No estaremos soñando, prisionero?

HANS.- ¡Ojalá! **(Palpándose dolorosamente la cintura.)** ¡Qué más quisiera yo! Estoy molido... Son tres días sin dormir. ¿Llamamos?

MARCEL.- **(Irónico.)** Te felicito.

HANS.- ¡Oh! ¿Por qué?

MARCEL.- Porque solo a un hombre de muchísima imaginación se le ocurriría gritar «¡Quién vive!» en una isla desierta. **(Fascinado.)** ¡Oh! ¿Dónde estamos?

(Han alcanzado el último peldaño. MARCEL mira curiosísimo a todos lados. Va y viene. HANS, lleno de fatiga, se sienta en el banco de mármol.)

HANS.- Entonces, lo mejor será dormir un poco...

MARCEL.- **(Enfadado.)** ¡Dormir! ¡Dormir! ¿Qué hombre eres tú que piensas en dormir ahora?

HANS.- Berr... **(Bosteza.)**

MARCEL.- ¡Dormir cuando empieza una aventura! ¿No lo comprendes? Mira a tu alrededor. ¿Qué es esto? ¿Dónde estás? ¡Mira! ¿Quién iba a decirnos anoche, después del bombardeo, cuando estábamos perdidos en una lancha de salvamento, en medio del mar, que hoy, en la isla más insignificante del Pacífico, íbamos a encontrar abierta esa escalera. Y luego, esto...

HANS.- **(De pronto.)** Oye.

MARCEL.- Di.

HANS.- Tengo una idea. **(Sesudo.)** ¿No estaremos en uno de esos subterráneos antiguos que de vez en cuando descubren los arqueólogos? En Alemania los periódicos hablan mucho de estas cosas.

MARCEL.- Sí, sí. En París también. Es divertidísimo.

HANS.- **(Tímidamente.)** Yo creo que esto fue, en tiempos, un palacio romano.

MARCEL.- ¡Qué barbaridad! Los romanos en el Pacífico...

HANS.- Bueno. O los griegos. **(Otro bostezo.)** Berr... Da igual.

MARCEL.- ¡Los griegos!

HANS.- ¿Tampoco? **(Sonriendo.)** Perdóname. Entiendo poco de esas cosas. De la Historia Universal lo que más me gusta es Napoleón.

MARCEL.- Como a todos los alemanes... Pero la verdad es que Napoleón no estuvo nunca en el Pacífico. No nos sirve. ¿Dónde estamos? ¡«Mon Dieu»! ¿Qué es esto? **(Mirando fascinado en torno.)** ¡Qué maravilla...! Oye. ¿Tú no has presentido alguna vez una aventura como esta? Llegar un día a un rincón del mundo desconocido por todos. Antes de la guerra, en París, yo soñaba, de cuando en cuando, cosas así. Ahora no tiene uno tiempo para

nada. **(Un silencio.)** ¿No oyes? **(Volviéndose.)** ¡Eh tú! ¡Muchacho!

HANS.- **(Despabilándose.)** Berr... Me dormía. Discúlpame.

MARCEL.- Bueno... Eres una marmota. **(Fijándose despacio en su compañero. Sonríe.)** Todavía no sé cómo te llamas.

HANS.- Hans Heibbel...

MARCEL.- Hans... **(Suave nostalgia.)** Así se llamaba un amigo mío de Colonia. Estudiábamos el mismo curso de Filosofía. ¡Qué tiempos! Toma un cigarrillo.

HANS.- Soy tu prisionero.

MARCEL.- **(Indulgente.)** ¡Bah! Estamos en confianza. **(Una pausa.)**

HANS.- **(Muy tímido.)** ¿Qué es lo que más te gusta de Alemania?

MARCEL.- ¡Pche! No sé... Acaso vuestra irritante gravedad.

HANS.- ¡Ah! Como a todos los franceses.

MARCEL.- Vuestras ciudades antiguas, vuestra música...

HANS.- **(Un poco triste, mirándole con cariño.)** Gracias.

MARCEL.- **(Transición.)** Bueno. No nos pongamos sentimentales. ¡Hum! Somos enemigos... Procedamos con orden. Eres mi prisionero. Voy a tomarte declaración. **(Saca un bloc y un lápiz.)** Hable el prisionero...

HANS.- Sí. **(En pie, taconazo, firme. Magnífico.)** ¡Viva Alemania!

MARCEL.- **(En pie, airado.)** ¿Eh? Oye, tú. ¡Hola! **(Transición. Complacido.)** Eres valiente. Me gusta. Continúa.

HANS.- Soy el teniente Hans Heibbel. De Nuremberg...

MARCEL.- ¿Tenías otra profesión antes de la guerra?

HANS.- Sí. Soy músico... Toco el violín.

MARCEL.- **(Alegremente.)** ¿De veras? Ya decía yo que tú no eras un alemán cualquiera.

HANS.- **(Muy serio.)** ¡Oh! Casi todos los alemanes son músicos.

MARCEL.- **(Un silbido.)** Ya. **(Una pausa.)** ¿Cómo fuiste hecho prisionero?

HANS.- **(Sorprendidísimo.)** Pero, ¿no lo sabes?

MARCEL.- ¡Silencio! Conteste el prisionero. Esto es un trámite.

HANS.- **(Saluda.)** ¡A tus órdenes! **(Sonríe.)** Verás... Anoche, de madrugada, navegaba con mi batallón a bordo de un transporte de tropas, por el mar Pacífico, con destino desconocido.

MARCEL.- La noche era hermosa... ¿Por qué no lo dices? **(Escribe.)**

HANS.- La noche era tan hermosa que llegué a olvidarme de la guerra. Recuerdo que quedé solo en un rincón de cubierta. Tenía sueño...

MARCEL.- ¡Y dale!

HANS.- **(Suspira.)** Dos noches de navegación alerta.

MARCEL.- Sigue... El mar resonaba como una orquesta de violines. Va a resultar una declaración preciosa. **(Y escribe.)**

HANS.- Sí... Me sentía feliz, muy feliz sin saber por qué.

MARCEL.- **(Superior.)** ¡Pobre muchacho! Los hombres inteligentes nunca son felices.

HANS.- De pronto apareció sobre el mar un barco enemigo. Dispararon nuestros cañones... No sé. Un estampido atroz. Me sentí en el agua. Vi cerca una lancha de salvamento. Nadé con todas mis fuerzas. Un hombre me gritaba. Era un capitán francés. Ni siquiera sé cómo se llama...

MARCEL.- **(Saludando gentil.)** ¡Marcel Tavernier!

HANS.- Gracias... **(Sonríe.)** Marcel me ayudó. Cuando me tuvo frente a él en la lancha, se puso muy contento. Después me dijo que era su prisionero. Y comenzó a cantar «La Madelon». Luego, «Tosca»; después, «Parsifal»⁵... ¡Qué mal canta el capitán Tavernier!

MARCEL.- **(Picado.)** ¿De veras?

HANS.- Y así, hasta que amaneció... Nos encontramos frente a esta isla, llena de verde y de sol. Amarramos la barca en la playa. Desembarcamos... Es una isla desierta que no figura en los mapas de Marcel. De pronto encontramos una escalera. Bajamos... Y aquí estamos.

MARCEL.- **(Angustiado.)** Pero, ¿dónde estamos, Hans? ¿Qué misterio es este? ¿Cómo puede ser? ¿Quién hay aquí? ¿Quién vive aquí?

HANS.- ¡Oh! No grites. **(Una pausa.)** Óyeme, Marcel.

MARCEL.- Di.

HANS.- **(Lentamente.)** ¿Crees tú que vendrán por nosotros?

MARCEL.- ¡Pche...! ¡Qué sé yo...! No te olvides que esta isla no existe en las cartas de navegación. Vuestro barco se hundió. El nuestro, a estas horas, también estará en el fondo del mar... Iba muy tocado cuando dieron la orden de abandonarlo. Después de todo, para la guerra dos oficiales, uno alemán y otro francés, no son piezas demasiado importantes... **(Transición.)** Hans, ¿qué es eso? ¿Te entristeces?

HANS.- **(Voz baja. Tápase la cara con las manos.)** No, no... Déjame.

MARCEL.- Ven aquí... ¿Te asusta no volver jamás a tu patria? **(Conmovido.)**

HANS.- Sí...

MARCEL.- ¡Ah! **(Sonríe.)** ¿Estás enamorado?

HANS.- Sí...

MARCEL.- ¿Cómo es ella?

HANS.- Pequeña, con unas trenzas rubias... Casi una campesina. La vi por última vez hace dos años, cuando fui movilizado. Está allá, en Nuremberg. Sé que me esperará siempre. **(Del más escondido bolsillo de su guerrera saca un**

retrato.) Mírala...

MARCEL.- **(Emocionado.)** ¡Es muy bonita!... ¡Peste de guerra!
(Filosófico.) Te comprendo, Hans. Las mujeres son insoportables cuando están contentas; molestísimas cuando lloran. Pero, eso sí, adorables cuando están ausentes y fascinadoras cuando se las recuerda... ¡Pobre Hans! Para mí sería mucho menos terrible vivir siempre en esta isla desierta, en este subterráneo misterioso. Nadie me espera en París... Solo estuve enamorado una vez. Duró tres meses. Fue un mes de ilusión, otro de desencanto y otro de rencor... Créeme. Un hombre inteligente no puede ser un enamorado serio. Se escapa antes de llegar el tercer mes... Yo no volví a enamorarme. Pero no importa. Me gustaría amar con toda mi alma. **(Pensativo.)** La vida es un paseo por el mundo que los hombres y las mujeres hacen de dos en dos... Algunos se quedan solos atrás. Pero no hay que hacerles caso: son unos egoístas o es que están demasiado gordos... **(Un silencio. Y enseguida, alborozado de ilusión.)** Verás. Yo sé que un día vendrá a mí un amor, nuevo, desconocido, extraordinario... Un gran amor, tan delicioso, que a todas horas me hará creer que es un sueño. No sé si será una colegiala o una florista del «Boulevard». Da igual. **(Sonríe melancólicamente.)** Después de todo, Hans, si hemos de quedar aquí para siempre olvidados del mundo, acabaré siendo más desgraciado que tú. Te aseguro que perder un sueño es muchísimo más doloroso que olvidar a tu alemana de las trenzas rubias...

HANS.- **(Con amargura.)** ¡Oh, no, Marcel! Te lo aseguro.

(Óyese dentro un violín que, dulcísimo, toca la «Sonata a Kreutzer»⁶. MARCEL y HANS tiemblan de estupor y de emoción.)

¿Eh?

MARCEL.- ¿Qué es esto?

HANS.- ¿Oyes, Marcel?

MARCEL.- ¡Música! ¡Dios mío!

HANS.- ¡Calla! Es un violín. Déjame oírlo. ¡Es la «Sonata a Kreutzer»!

MARCEL.- **(Alegrísimo.)** ¡Oh, Hans! ¿Dónde estamos? ¿Qué aventura es esta?

HANS.- ¡Silencio! **(Con un temblor de emoción y asombro en la voz.)** No puede ser. No es posible.

MARCEL.- ¿Qué? Habla, por favor. ¡Di!

HANS.- Es un milagro... ¿Escuchas? Ese violín solo puede tocarlo él...

MARCEL.- ¿Quién?

HANS.- ¡¡Él!! ¡En el mundo solo hay un violín que toque así la Sonata!

MARCEL.- ¡Hans!

HANS.- Pero no, no, no... ¡No puede ser! ¡Es imposible!

MARCEL.- **(Sofocado.)** ¡Chiss! Calla... ¡Ven aquí!

HANS.- ¡Marcel!

MARCEL.- He oído pasos. Alguien viene, estoy seguro. ¡Ven aquí!

HANS.- Pero, Marcel...

MARCEL.- ¡Basta! Escóndete ahí. ¡Aprisa!

(Y desaparecen los dos debajo de la escalera. Una pausa. Aparece SIMÓN. Pequeño, regordete. Viste larga túnica antigua de amarillo oro que le oculta incluso los pies, calzados con sandalias. A la cintura se recogen los pliegues de un cordón. Rostro ingenuo, sonrosado y feliz. Porte orondo y bonachón. Pelo gris. Cruza la escena con andares alegres y frotándose las manos y se dirige al «gong». Da parsimoniosamente un toque, cuyo eco retumba en el subterráneo.)

SIMÓN.- ¡Ajajá!

(Y pasea otra vez frotándose las manos mientras silba bajo los
acordes de la sonata, que aún prosigue lejos en el violín. Entra
ANA, mujer de alguna edad, apariencia apacible y candorosa.
Como SIMÓN, se cubre con larga túnica de color gris perla.)

ANA.- ¿Por qué llamas, Simón?

SIMÓN.- ¡Toma! Es la hora del desayuno. Hace un buen rato
que es de día. El señor espera...

ANA.- ¿Cómo ha pasado la noche?

SIMÓN.- ¡Hum...! ¿Qué sé yo? Lleva unos días muy malos.
Tuvo fiebre. No habla apenas. De madrugada me llamó. Me pidió
el violín... Y empezó a tocar la Sonata. ¿No oyes? ¡Mala señal!

ANA.- ¿Por qué?

SIMÓN.- Mujer... ¿No recuerdas? A ella la conoció una noche
en París, después de tocar la Sonata.

ANA.- ¡Ojalá no la hubiera conocido nunca!

SIMÓN.- ¡Qué bien lo recuerdo...! Era yo un mozo. Y el señor
también. Yo acababa de entrar a su servicio. **(Sonríe pícaro.)** Aún
no eras mi mujer, Ana. El señor tuvo aquella noche su primer
triumfo. El teatro estaba lleno. ¡Cómo aplaudieron! Nadie había
tocado la Sonata como él. ¡Oh, Ana! Me parece que lo estoy
viendo. Tan joven, tan pálido, con su cara de muchacho, mirando
al público, loco de emoción. Los periódicos dijeron: «¡Andrés
Kovach, el primer violinista del mundo!» Por la noche llegó ella...

ANA.- Cállate. No la nombres.

SIMÓN.- ¡Hum! ¡Maldita! **(Transición.)** ¿Y Estrella?

ANA.- Duerme. Al amanecer la despertó el violín de su padre.

SIMÓN.- ¿Y los demás?

ANA.- Tony está arriba, en la playa. Ha pasado la noche allí
como siempre... Siempre espera descubrir un barco que venga a
recogernos para llevarnos otra vez allí, al mundo. ¡Pobre viejo!

SIMÓN.- ¿Y Pedro?

ANA.- Tampoco duerme. Pasa las noches en pie, en su rincón, recitando esas obras de teatro que él quisiera haber representado por los teatros del mundo. Él soñó siempre con ser un gran actor. Y delira. Cada noche sueña que está en el escenario de un teatro lleno de público... Hay que oírle declamar, Simón. Esta noche le ha tocado el «Tenorio»^Z.

SIMÓN.- ¡Hum! De remate.

ANA.- Y lo hace muy bien. **(Una pausa.)** Y anhelando también que un día aparezca un barco que nos salve.

SIMÓN.- ¡Ana! Acabaremos todos locos. **(Una pausa.)**

ANA.- **(Sécase una lágrima.)** Hoy hace diez años, Simón.

SIMÓN.- ¡Diablo! ¿Estás segura?

ANA.- Sí. Una noche como esta desapareció de la isla el «yacht» del señor que nos había traído, dejándonos aquí para siempre. Estoy segura. Han pasado diez primaveras. **(De pronto.)** Óyeme, Simón...

SIMÓN.- **(Emocionado.)** ¿Qué quieres, mujer?

ANA.- Desde entonces tengo una duda. Nunca te lo dije. ¿De verdad fueron los marineros quienes huyeron con el barco porque no quisieron seguir al señor en este capricho suyo de vivir apartado del mundo, o fue el propio señor quien compró a la tripulación para que nos abandonara? No te lo dije nunca, Simón, pero lo he pensado siempre. Fue tan extraño todo lo que sucedió...

SIMÓN.- ¡Ana!

ANA.- Recuerdo que el señor apenas se alteró cuando a la mañana le dijimos que el barco había huido. Subió a la playa y se quedó mirando al mar. Yo creo que fue más feliz que nunca...

SIMÓN.- ¡Chiss! Calla ahora. Mira...

(Entra PEDRO. Viste túnica como los otros personajes. Ojos excitados de insomnio. Vivaz y un poco tronitonte. En la cabeza, como un dios mitológico, una coronita de hojas verdes.)

PEDRO.- Ana, Simón, amigos míos... Estoy apuradísimo.

ANA.- ¡Don Pedro!

SIMÓN.- ¡Caramba! ¿Qué sucede?

PEDRO.- (**Desolado.**) ¡Se me ha olvidado el «Tenorio»!

ANA.- ¡Oh!

SIMÓN.- ¡Demonio!

PEDRO.- Así, como os lo cuento. Ha sido terrible... De pronto, en medio de la representación...

SIMÓN.- (**Atónito.**) ¡Digo! ¡En medio de la representación!

ANA.- Déjale...

PEDRO.- ¡Espantoso! Estoy avergonzado. Fue en la escena con don Luis. Yo antes había estado magnífico. Lleno de empaque, de brío. Pero cuando comencé. (**Y declama con delicioso énfasis.**) :

Pues, señor, yo desde aquí
buscando mayor espacio
para mis hazañas, dí
sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra
y en ella el emperador
con ella y con Francia en guerra.
Díjeme...⁸

¿Eh? «Díjeme»... Nada, no sale. ¡¡Se me ha olvidado!!

SIMÓN.- ¡Diablo!

PEDRO.- ¿No es tremendo? Es atroz, Simón. Estoy perdiendo facultades. Me flaquea la memoria. (**Emocionadísimo.**) La otra

noche también se me olvidó el «Cyrano»⁹...

SIMÓN.- ¡Oh!

PEDRO.- Sí, sí... Es una vergüenza **(Recita casi en un sollozo.)**

Son los cadetes de la Gascuña
que a Carbón tiene por Capitán...
Son...

¿Eh? ¿Has oído? Pues no sé más, no me acuerdo. «Son...»
¡Nada! Que no. ¡¡Oh, Dios!! **(Nostálgico.)** Llevaba una temporada
preciosa. La semana pasada soñé que representaba «Hamlet» en
Dinamarca, en la explanada del palacio, en presencia de los
reyes. Fue una maravilla... **(Con amargo reproche.)** Vosotros no
vinisteis.

SIMÓN.- ¿Qué quiere usted? Están tan mal los ferrocarriles...

PEDRO.- ¡Olvidar el «Tenorio»! Mi obra favorita... ¿Qué diría de
mí el público, Simón?

SIMÓN.- ¡Pche! Procuraremos que no se entere...

PEDRO.- ¡Dios! ¡Dios!

(El violín vuelve de nuevo a oírse con la SONATA. Una pausa.

PEDRO, en una brusca transición, cierra sus puños crispados.)

Toca, Andrés... Puedes lucir tu genialidad y tu arte para ti mismo,
en este rincón del mundo donde nadie sabe que existes, donde es
inútil ser el mejor artista de la tierra... Toca, sí, de noche y de día,
a todas horas, Andrés Kovach. Toca como un loco, o un fantasma,
o un diablo. Pero de ti no me da lástima. ¡Tú eres el culpable de lo
que nos sucede! Fuiste tú quien nos trajo a pasar una temporada
en tu refugio de la isla desierta. ¿Te acuerdas? Era un capricho
del gran artista... Vivir aquí, escondido en medio del mar. Vestidos
con estas túnicas como los hombres de otros tiempos... Odiabas

el mundo porque una mujer te había hecho desgraciado. ¡Tú, vanidoso del diablo, creíste que todo el mundo eres tú! **(Todo rencor.)** ¡Cómo te alegraste cuando los marineros huyeron con el barco dejándonos aquí, perdidos, para siempre!

ANA.- ¡Oh!

SIMÓN.- Pero, señor.

PEDRO.- Has arruinado mi vida, Andrés. Esto fue tu amistad... Yo hubiera sido un gran artista. Un actor famoso en todo el mundo... Lo sé. Me has perdido. Diez años ya, sin mis teatros, lejos de las gentes, olvidado mi nombre, sin mis libros... ¡Ah, cómo te odio, Andrés!

ANA.- Es horrible oírlo... Y así siempre.

(Calla el violín. Una pausa.)

PEDRO.- **(Fatigado de hablar. Tiene otra voz.)** Simón. Ven aquí. ¿Tú crees que todavía es posible? ¿Verdad que un día puede aparecer en el mar un barco que nos lleve otra vez al mundo? ¿Verdad que aún es tiempo?

SIMÓN.- Sí, sí, señor...

PEDRO.- ¡Vendrá! Yo volveré allí, a París, a América... ¡Triunfaré! **(Transición.)** Mientras, dejadme creer que soy un gran artista. Que me aclaman las gentes... **(Suplicante.)** ¿Vendréis esta noche a la función?

SIMÓN.- ¡Hombre! Si hace usted algo divertido.

PEDRO.- **(Solemne.)** ¡«Otelo»¹⁰!

SIMÓN.- ¡Caramba! ¿Por qué no pone usted «La viuda alegre»¹¹? Es muy bonita.

PEDRO.- ¡¡Simón!! **(Irrevocable.)** Haré «Otelo». Es mi obra. Todavía no la he olvidado... ¡Oh, Dios, si pudiera recordar el «Tenorio»!

De la guerra y del amor

antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador
con ella y con Francia en guerra.
Díjeme...

(Desesperado.) «Díjeme»... ¡Nada! Es inútil. ¡¡Maldición!! **(Y PEDRO desaparece.)**

ANA.- Me da miedo este hombre, Simón.

SIMÓN.- Mujer... Es un gran amigo del señor. Se quieren desde niños. Le llevaremos la corriente. Iremos a la función.

ANA.- No me fío. Es un loco.

SIMÓN.- ¡Mi pobre Ana! **(Conmovido.)** Yo seguí al señor hasta aquí, por fidelidad... Hubiera ido con él a cualquier rincón del mundo: como él no hay otro. Pero tú viniste solo porque no podías separarte de mí...

ANA.- Cállate... Yo no soy desgraciada. Viviría así toda la vida. Si a veces lloro no es por mí. Es por ella.

SIMÓN.- ¿Por la muchacha?

ANA.- Sí... **(Un silencio.)** Cuando vinimos aquí era una niña. Pero han pasado diez años y ya es una mujer. Ha crecido aquí, entre nosotros, sin más cuidado que el mío, pobre de mí, rodeada de unos hombres trastornados cada uno con su pesadilla. Nadie ha visto que la pequeña crecía de día en día, ni siquiera su padre, loco con sus recuerdos y su violín. ¡Pobre hija mía! La mayor locura del señor fue traer aquí a la niña...

SIMÓN.- ¡Fue por odio a la madre!

ANA.- ¡Una locura, Simón! Un pecado. ¿Qué va a ser de ella? Mientras Estrella fue una niña y se dormía con mis canciones o con los cuentos de Tony, bien se la podía engañar. Ahora no es posible. Es ya una mujer. ¡Y tan bonita, Dios mío! ¡Si la oyeras preguntar a todas horas! ¡Sueña tanto!

SIMÓN.- ¡Bah! Fantasías tuyas. Si no conoce el mundo ¿cómo ha de soñar con él?

ANA.- Sí, sí. Sueña como todas las mujeres a su edad... Por eso, como no conoce el mundo, lo quiere adivinar, soñando. Y tiene un sueño más terrible que ninguno. Una locura.

SIMÓN.- Dilo, Ana; me asustas.

ANA.- ¡Estrella sueña con escapar!

SIMÓN.- ¡¡Oh!! ¡Escapar de la isla! ¡Qué disparate! Es imposible.

ANA.- **(Sonríe.)** Si supieras cuántas noches ha huido con la imaginación... Lo sé. Lo adivino. Lo veo en sus ojos. Y me da miedo. ¡Mi niña!

(Aparece TONY en lo alto de la escalera. Baja cachazudamente. Es un anciano marinero de facha desaliñada. Barbas blancas y revueltas. Gorra de visera, viejísima. Entre su chaquetón abierto se ve el torso recio y musculoso ceñido por un sucio jersey a listas horizontales blancas y azules. La voz un poco ronca y los ojos perdidos hechos a mirar el infinito.)

TONY.- ¡Buenos días!

SIMÓN.- ¡Hola, Tony!

ANA.- Tony... **(Yendo a él, con cariño.)** ¿Estás loco? Otra noche en la playa. Vas a enfermar. Ya eres muy viejo...

TONY.- Ca, no creas, Déjame a mí, Ana. Yo lo paso bien. Aquí no podría dormir. Se pudre uno. Arriba, en la playa, huele a mar. Y se le oye... Vosotros no entendéis esto porque no sois marineros. Además, una noche puede pasar cerca un barco que nos salve, que nos lleve otra vez al mundo, y quiero ser yo, yo, quien lo descubra. Bajaré corriendo a despertaros a todos: al señor, a la niña, a vosotros, a ese cómico loco... ¡Ah! Tú lo verás. Ya gritaréis entonces «¡Viva Tony!» **(Ríe.)** Algunas noches tengo pesadillas. Esta he tenido una bien extraña.

ANA.- ¿Tú, Tony?

SIMÓN.- ¿Una pesadilla?

TONY.- Sí... Yo estaba mirando fijamente al mar. Había buena luna. De pronto apareció lejos, muy lejos, una mancha, como un barco. Qué brinco me dio el corazón. Estuve a punto de gritar. Recé... Y de pronto el barco estalló lleno de fuego, como un ascua; después el mar se tragó las llamas... Luego nada. **(Triste.)** ¡Pche! Era mentira. Un sueño. **(Transición.)** ¡Ana! Yo creo en los sueños. ¿Será que la isla está maldita y arderán todos los barcos que se acerquen aquí?

ANA.- ¡No! Eso no, Tony.

TONY.- ¡Claro! **(Como un niño.)** Es una tontería... No hay brujas ni maldiciones. **(Con gozo ingenuo.)** Una noche vendrá un barco. Lo sé... Tiene que venir. Hace diez años que lo espero... Volveré allí, a mi país, a mi puerto. Di, Ana: ¿tú crees que vendrá?

(Y muy cerca, a punto de aparecer, se oye la voz fresca y joven de ESTRELLA.)

ESTRELLA.- ¡Sí, Tony! ¡Vendrá! **(Entra. Es muy joven, túnica blanquísima con muchos pliegues. Pelo largo y alegre caído sobre los hombros tan delicados.)**

TONY.- **(Alborozado.)** ¡Estrella!

ANA.- **(Jubilosa.)** ¡Niña!

ESTRELLA.- **(Yendo hacia el viejo y acariciándole con ternura.)** Mi viejo querido... **(Sonríe.)** Vive tranquilo. Un día vendrá ese barco: será cuando menos lo esperemos; como un milagro. Nos llevará a través del mar muy lejos de aquí. En el viaje tú volverás a cantar con tu acordeón esas canciones tan bonitas que sabes...

TONY.- ¡Mi pequeña! Da gloria oírla.

ESTRELLA.- **(Riendo.)** ¡Estoy segura, Tony! Tú lo verás.

TONY.- ¿Has oído, Simón? Vamos... Vendrá un barco. Quizá

esta noche... O mañana. ¡Quién sabe!

(Salen SIMÓN y TONY.)

ESTRELLA.- (Cuando TONY y SIMÓN desaparecen, la muchacha queda ensimismada; luego oculta la cabeza entre las manos. Y solloza estremecida y temblorosa.) ¡Oh!

ANA.- (Con susto.) ¡Estrella!

ESTRELLA.- ¡No vendrá! ¡El pobre viejo tiene razón! ¡La isla está maldita! Jamás pasará un barco por este mar. ¡Nunca, nunca! (Solloza de nuevo.) ¡Oh! ¡Dios mío!

ANA.- ¡Mi niña! ¡Mi Estrella! No llores.

ESTRELLA.- ¡Sí! ¡Todos estamos maldecidos! Moriremos aquí, Ana. Pasarán los días y los inviernos. Uno tras otro. Un día perderemos la esperanza. Tony morirá de pena, Pedro enloquecerá para siempre... ¡Mi padre seguirá tocando su violín! Y yo también me volveré vieja y loca...

ANA.- ¡Oh, no! Calla, hija mía... ¡Calla! ¡Señor!

ESTRELLA.- ¡No quiero! Déjame gritar... Lo necesito... No puedo resistir esta vida. Me ahogo. Yo sé que allá, al fin del mar, está el mundo. Pero yo no llegaré nunca a él... Y si al menos pudiera dormirme para siempre, no sentir cómo pasan los días, hasta que llegue la muerte; si supiera vivir en un sueño esta vida de soledad y de horror... Pero no puedo, Ana: cada vez siento con más fuerza dentro de mí esa ilusión de volar, ese deseo de vivir. Un ansia tremenda de escaparme de aquí... ¡Ah! ¡Si tú supieras qué esfuerzo cuesta sofocar esa obsesión! Cómo hay que taparse los oídos durante la noche para no escuchar la voz que suena dentro de mí misma: «¡Corre, Estrella, escápate! Vamos, ahora que duermen todos. Vete, Estrella; vete. ¡¡Escápate!!» (Estremeciéndose.) Y durante el día también: es igual a todas horas. «¡Vete Estrella!» Hace mucho tiempo que no subo a la playa... (Con espanto.) Tengo miedo de no poder un día resistirme

a mí misma y lanzarme al mar....

ANA.- (**Horrorizada.**) ¡Hija querida! ¿Qué dices? El mar sería la muerte.

ESTRELLA.- ¡¡Pero sería la libertad!!

ANA.- ¡Estrella! ¡Mi pequeña!

ESTRELLA.- (**Fatigada.**) Quiero escapar, Ana. No puedo resistir este deseo. ¡Escapar de aquí! ¡Quiero vivir como todas las mujeres!

ANA.- (**Acariciándola.**) Vivir... ¡Pobre hija mía! Tú no puedes saberlo, pero la vida en el mundo a veces es muy amarga.

ESTRELLA.- (**Revolviéndose; agitándose ella misma como sus cabellos.**) ¡Mentira!

ANA.- ¡Hija!

ESTRELLA.- ¡Mentira! La vida es la felicidad. Solo por vivir se puede ser dichoso... ¿Por qué me arrancasteis del colegio cuando era una niña, para traerme aquí y hacerme desgraciada? ¿Por qué, Ana? ¡Dilo! ¿Por qué hizo mi padre esta locura? ¿Por qué? Yo quiero vivir. Y ser feliz. ¡Como lo fue mi madre!

ANA.- ¡Estrella! (**Mirando al interior con susto.**) ¿Qué sabes tú de tu madre?

ESTRELLA.- ¡Pobre mamá! (**Tornándose en dulzura y encanto lo agresivo de su voz y su emoción.**) Sí, lo sé. Parece que la veo todavía. Cuando llegaba al colegio para verme, en vacaciones. ¡Cómo me envidiaban todas las pequeñas mi mamá bonita! Era hermosísima, con sus manos tan finas y tan blancas... Qué orgullosa me sentía yo de mi madre. (**Con angustia.**) Háblame de ella, Ana...

(Y ANA solloza.)

¿Por qué te niegas siempre? Di... ¿Por qué tiembles cuando la

nombro? ¿Por qué lloras, Ana?

(Suenan unos compases de violín. ESTRELLA vuelve hacia allí la cabeza.)

Es él quien lo impide, ¿verdad? ¡Mi padre!

(Una pausa. Calla la música. Una transición de ESTRELLA.)

Pero ya no importa, Ana. No es necesario que hables, lo sé todo.

ANA.- **(Sobresaltada.)** ¿Eh? No sabes lo que dices, Estrella. ¡No es posible!

ESTRELLA.- Sí, Ana... Lo sé. **(Baja la voz.)** Escucha. Le he robado a mi padre el diario de mamá...

ANA.- ¡Estrella!

ESTRELLA.- Chiss... ¡No grites! Lo tenía escondido entre sus libros... Fue hace dos días. Ya lo he leído todo. Ya sé cómo era mi madre. Cuando era una muchacha como yo. **(Sonríe.)** ¡Pobre mamá! Cómo soñaba. Escribió todos sus sueños día a día. ¡Yo sueño ahora como ella, Ana! **(En soliloquio.)** Pero ni yo misma lo sabía. De pronto siente una que se cierran los ojos y el pensamiento se va lejos, muy lejos... Vienen todos los recuerdos. El colegio, los vestidos de las gentes elegantes del paseo y parece que una se siente otra vez allí, pero ya mujer como ahora... Tú no puedes saber, Ana, qué maravilloso es vivir así una vida que no se conoce... Mi madre soñaba como yo. Un día escribió que había soñado cómo unos brazos le cogían la cintura y le acariciaban el peinado. Era un hombre desconocido, lleno de alegría y de amor... Mamá llegó hasta a oír su voz. **(Transición, aterrada.)** ¡Ana, Ana, es horrible! Yo también he soñado así muchas noches... No sabía por qué era tan feliz con los ojos cerrados, pero era esto... Era que un hombre me cogía por la cintura... Y he oído su voz: **(Muy bajo.)** «Estrella, Estrella, Estrella...» Era un sueño, Ana. ¡Un sueño! **(Y solloza.)**

ANA.- ¡Hija! ¡Aparta esas locuras de tu cabeza!

ESTRELLA.- No puedo Ana... No se manda en los sueños.
(Sonríe.) Y además, no quiero. ¡Es tan maravilloso mi sueño!

ANA.- ¡Dios mío!

ESTRELLA.- No llores, Ana... Mi pobre Ana. (Acariciándola con ternura.) Ven. Nos esperan para el desayuno. Mi padre estará impaciente. Ven, Ana.

ANA.- ¡Estrella!

ESTRELLA.- Vamos. Como todos los días. Y así, para siempre, para siempre... ¡Y aún quieres que olvide mi sueño!

(Salen. Queda la escena sola. Un silencio. Al fin, se oye jubilosa la voz de MARCEL debajo de la escalera.)

MARCEL.- Hans... ¿Has oído? ¿No es maravilloso todo esto? ¡Oyes, Hans? ¡Hans! ¡Hans! Pero, hombre... ¡Pues no se ha dormido! (Indignadísimo.) Bueno. ¡Es el colmo!

(Surge ESTRELLA por el sitio que marchó. Viene como huyendo. Cruza de puntillas. Mira a todos lados. Al fin, decidida va a alcanzar la escalera. Pero brusco, jovial y alegre, aparece MARCEL y la corta el paso.)

¡Estrella!

ESTRELLA.- (Un grito despavorido y sofocado.) ¡Ay!

MARCEL.- ¡Calla! No grites...

ESTRELLA.- (Estremeciéndose. Un grito sordo.) ¿Quién? ¿Quién es?

MARCEL.- (Dulcemente.) ¡Chiss! Ven aquí... Mírame. No temas. (Alegre, emocionado, erguido, magnífico.) ¡Yo soy el sueño!

(Y se la lleva hacia la escalera mientras cae el

TELÓN.)

Acto II

△▽

El mismo decorado. Horas después. Mediodía. Se alza el telón. Vemos que, en efecto, es SIMÓN quien solo en escena golpea el «gong» entre gestos y gritos desahogados. Está sofocado, lleno de pavor. Asustadísimo.

SIMÓN.- (Mientras grita y da golpes en el «gong», que retumba estruendosamente.) ¡Ana! ¡Pedro! ¡Tony! (Todo excitado.) ¡Pronto! ¡Venid! ¡Ana! ¡Tony! ¿Dónde estáis?

(Entra PEDRO casi corriendo, demudado.)

PEDRO.- ¡Cristo! ¿Qué te pasa?

SIMÓN.- ¡Ahí! Ahí está. ¡Ana! ¡Tony!

(Golpes de «gong».)

PEDRO.- Pero, ¿te has vuelto loco, mamarracho?

SIMÓN.- ¡¡Ahí está!! ¡Debajo de la escalera!

(PEDRO corre, indignado y mira. Un brinco.)

PEDRO.- ¡¡Demonio!! (Aterrado. Sin voz casi.) ¡Eh! ¿Quién es este hombre?

SIMÓN.- Ana, Ana, Tony...

(Aparece ANA.)

PEDRO.- ¿Qué es esto?

ANA.- ¡Simón!

SIMÓN.- (Sin voz casi ya.) ¡Ahí! Ahí... ¡Miradlo!

ANA.- (Va. Se santigua.) ¡Santo Dios!

TONY.- (Entrando.) ¿Qué diablos sucede? ¡¡Oh!! ¡Un hombre!

SIMÓN.- ¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Yo lo he descubierto! ¡Yo!

PEDRO.- ¡Está durmiendo!

SIMÓN.- Ya lo sé. Es un fresco.

ANA.- ¡Dios Santo! ¡Un milagro!

PEDRO.- Es inconcebible... No puedo creerlo. ¿Cómo ha venido este hombre? ¿Por dónde?

TONY.- Mirad... (Como un chiquillo.) ¡Se ha movido!

ANA.- ¡Va a despertar! ¡Señor!

PEDRO.- ¡Demonio! Estoy emocionadísimo. ¿Quién será? ¿No estamos soñando?

(Vuelven todos al centro de la escena. Están nerviosos, turbados; se arreglan el peinado, los vestidos, etcétera.)

¿Qué vamos a decirle?

SIMÓN.- ¡Hombre! Lo primero... ¿Cómo está usted? Es lo corriente.

PEDRO.- Estoy nerviosísimo, Simón. Me gustaría tener un chaqué.

SIMÓN.- ¡Digo!

PEDRO.- Y un sombrero de copa... ¿Qué va a decir de nosotros? Con esta facha. Así no se puede recibir a nadie.

ANA.- ¡Miradlo! Ya se mueve. ¡Dios mío!, cuando lo sepa el señor...

TONY.- ¡Oh, oh, oh! (Palnoteando como un niño.) ¡Aquí está!

(Y así es. De la escalera sale HANS. Sonríe ruborizado. Los contempla con cariñosa curiosidad. Los demás le abren paso azoradísimos.)

HANS.- (Sonriendo.) Buenos días...

(Una pausa. HANS avanza hasta el centro. Los demás le observan. Se mueven en torno suyo.)

PEDRO.- ¿Has oído, Pedro? ¡Je! Ha dicho buenos días... Es simpatiquísimo.

SIMÓN.- Hombre, sí. Buenos días... Muy ingenioso.

ANA.- (Se santigua.) ¡Señor! ¡Señor!

TONY.- Es un gran mozo.

HANS.- Discúlpenme... Me dormí. Llevaba muchas horas sin dormir.

PEDRO.- ¡Caballero! Ni una palabra. (Finísimo.) Está usted en su casa. Aquí somos todos muy campechanos. (Transición.) Caballero, me muero de curiosidad. No puedo más... ¿Quiere usted decirnos cómo ha llegado usted a la isla?

HANS.- En una barca.

TODOS.- ¡En una barca!

TONY.- ¡Una barca!

HANS.- ¡Sí! Está arriba, amarrada en la playa.

TONY.- ¡Una barca! Yo quiero verla... Voy a la playa. Hace doce años que no veo una barca...

ANA.- ¡Tony!

TONY.- ¡Oh!, ¡Dejadme, dejadme! ¡Una barca! (Y trabajosamente, pero lleno de entusiasmo, emocionadísimo, asciende por la escalera y desaparece.)

SIMÓN.- ¡Tony!

ANA.- ¡Con cuidado, Tony!

PEDRO.- El pobre... No es un hombre de mundo. Figúrese usted: se ha impresionado. Y total ¿por qué? (Sonríe.) Como si venir aquí en una barca tuviera algo de particular... (Transición.) Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo es posible atravesar el

Pacífico en una barca?

HANS.- Yo le explicaré... Tranquilícense. Fue un naufragio.

TODOS.- ¡Ah!

HANS.- ¡Es la guerra!

PEDRO.- ¡Diablo!

SIMÓN.- ¿La guerra? ¿Tú oyes, Ana?

ANA.- ¡La guerra!

PEDRO.- ¡Ha estallado la guerra! **(Muy indignado.)** ¡Y nosotros sin saberlo!

SIMÓN.- Ya, ya.

PEDRO.- Oiga usted. ¿Y qué dice el mariscal Hindenburg¹²?

HANS.- ¡Oh!

(Bajo un arco lateral aparece la figura de ANDRÉS Kovach. Alto, erguido, gran señor, cara pálida, pelo gris... Todo él abandonado y artista. En los ojos, siempre una vaga humedad. Túnica de color rojo indio que le llega hasta el suelo. Una vida interior rebotante.)

ANDRÉS.- ¡Simón!

(Silencio en todos.)

ANA.- ¡Señor!

SIMÓN.- ¡Señor!

PEDRO.- **(Jubilosísimo.)** ¡Mira, Andrés! Te voy a presentar...

ANDRÉS.- Calla, Pedro. Lo oí todo. Gritabais tanto...

HANS.- **(Suspense de emoción. Avanzando un paso hacia ANDRÉS.)** ¡Andrés Kovach!

TODOS.- ¡Ah!

HANS.- ¡Era él! ¡El maestro! Andrés Kovach... Yo no me equivocaba... Solo él podía tocar así la Sonata. ¡Andrés Kovach!

TODOS.- ¡Ah!

ANDRÉS.- **(Sorprendido.)** ¿Me reconoce usted?

HANS.- ¡Oh! Maestro, maestro...

ANDRÉS.- Gracias.

HANS.- ¡Maestro!

ANDRÉS.- **(Una pausa. Mirando a HANS.)** Retiraos, Simón.

(SIMÓN y ANA salen lentamente.)

Vete, Pedro.

PEDRO.- ¿Yo también, Andrés?

ANDRÉS.- Sí, te lo ruego.

PEDRO.- **(Suplicante.)** Óyeme, Andrés. Hace doce años que no sabemos nada del mundo. Este hombre, aquí, es como un sueño. Solo quiero verle. Y oírle. Déjame oírle, Andrés.

ANDRÉS.- Luego, Pedro... Más tarde.

PEDRO.- **(Todo coraje.)** Caballero, esta tarde daré en su honor una función de gala. Tengo mucho gusto en invitarle... **(Va a salir y vuelve.)** Pero, por lo menos, una pregunta. Me muero de curiosidad, caballero: ¿de veras da resultado el cine sonoro¹³?

HANS.- Sí...

PEDRO.- ¡Hola! Entonces...

(Y se marcha preocupadísimo. Quedan solos ANDRÉS y HANS.)

ANDRÉS se sienta fatigado. HANS le mira largamente y luego acude a su lado.)

HANS.- ¡Andrés Kovach!

ANDRÉS.- Sí... ¿Quién es usted?

HANS.- Hace doce años que el mundo entero se pregunta por Andrés Kovach. Los periódicos de todos los países siguen todavía hablando de su desaparición... Se le ha buscado en América, en Europa. En todos los continentes. El más famoso violinista del mundo, ídolo de los públicos, el que tocaba como un iluminado la

«Sonata a Kreutzer» desapareció una noche de París, hace doce años, sin dejar rastro. Lo buscó la policía... Fue inútil. No se le encontró. **(Todo entusiasmado.)** Y soy yo, ¡yo!, el más humilde de sus discípulos, quien le descubre en una isla del Pacífico, en este rincón del mundo...

ANDRÉS.- ¿Es usted músico?

HANS.- Sí.

ANDRÉS.- ¡Ah! **(Conmovido.)** Acérquese. Hace un instante hubiera jurado que era usted un policía. ¡Perdóneme! Tengo un poco de fiebre... Venga, hijo mío.

HANS.- ¡Maestro! Si usted supiera cómo he soñado con usted... Casi de niño le oí tocar una noche en la sala Raymond de París... ¡Cómo sonaba su violín aquella noche! De madrugada, volví a encerrarme en mi cuarto con mi pobre violín entre las manos y lloré de rabia y de coraje. ¡Y lo he encontrado yo! ¡¡Yo!! ¿Comprende usted? ¡Cómo lo adiviné esta mañana al oír la Sonata! Mientras tantas gentes en el mundo intentan descubrir su paradero...

ANDRÉS.- ¿Todavía me buscan?

HANS.- ¡Siempre!

ANDRÉS.- ¡Oh!

HANS.- Y aún preguntan: ¿por qué desapareció? ¿Por qué, maestro? ¿Por qué? **(Mirándole profundamente y derramando después la mirada sobre las vestiduras de ANDRÉS Kovach y en el vacío del escenario.)** ¿Por qué?

ANDRÉS.- ¡Muchacho!

HANS.- ¿Por qué esta extraordinaria locura?

ANDRÉS.- ¡Calle! **(Sonríe.)** Vea usted: una gran aventura. Esto es todo...

HANS.- ¡Maestro!

ANDRÉS.- Un día, hace muchos años, comprendí -¡ojalá que

usted no lo comprenda nunca!- qué inútil es vivir cuando ya solo se guarda odio para los hombres y para el mundo entero. Usted seguramente ha sufrido muy poco. Tiene aún esos ojos tan dulces y llenos de alegría... Míreme a mí. Si supiera usted qué atroz es sentir que día a día se va llenando el alma de rencor. El delito de los que nos engañan no está en su engaño, sino en que ya no nos dejan soñar que no nos engañarán nunca... ¿Comprende usted? A mí me engañaron. Fue una traición horrible. Y aborrecí la vida y los hombres. ¡Y las grandes ciudades llenas de mentira y de maldad! ¡Y a ese mundo estúpido y canalla que se cree civilizado porque lo disculpa todo sin comprender nada! **(Una pausa. Otra voz.)** Un día, en mi juventud, durante un viaje por Oriente, tuve el capricho de construir este subterráneo en una de esas pequeñas islas desconocidas del Pacífico. Era yo tan caprichoso y tan artista entonces... Lo hice con el mayor sigilo. No lo supo nadie. Yo soñaba con descansar aquí, alguna vez lejos de todos, solo con ella... Vestidos con estas túnicas. Vivir una vida nueva y alegre en soledad, sin otra compañía que mi violín, el mar y los árboles de la isla. Y, además, la amaba tanto... **(Se detiene. Muy fatigado.)** ¡Y fue ella misma quien me engañó! ¿Me oye usted?

HANS.- ¡Por favor!... Cálmesese.

ANDRÉS.- Cuando descubrí su traición, solo supe huir. Huir de todos, de mí mismo, de mi vida llena de desconsuelo y de lágrimas. Recordé este escondite mío en medio del mar. Salí de París una noche como un delincuente. Embarqué en mi «yacht» con mi hija, dos criados y Pedro, mi pobre amigo tan loco y tan desgraciado. Proyectábamos vivir aquí una gran temporada. Hasta olvidar para siempre. Lo preparamos todo. La isla es rica: está llena de frutas, de sol y de hojas verdes. Simón es un gran cazador... Nos trajo mi «yacht». Pasaron unos meses. Una tarde los marineros que tripulaban el «yacht» me anunciaron que no estaban dispuestos a seguir viviendo lejos del mundo. Temblé... Pensé en lo que sería otra vez la vida allá en las grandes

ciudades, en París... Les rogué que aguardasen un poco todavía. Callaron. Pero fue inútil. A la noche, cuando todos dormíamos se hicieron a la mar en mi «yacht». Solo quedó conmigo el viejo Tony, el más fiel de todos. Desde entonces aquí estamos: han pasado doce años...

HANS.- ¡Es extraordinario! ¡Doce años ausentes del mundo, como muertos!

ANDRÉS.- Ni un solo barco pasó ante la isla en este tiempo... Está en una ruta tan extraña... Han ido transcurriendo los días uno tras otro, a solas con mi violín. Una vida sin noches, ni días. Una vida sin ninguno de los estímulos que brinda la civilización. El mar, la isla y cada uno de nosotros en nuestra propia soledad... El mundo, tan lejos, que apenas existe para mí en el recuerdo. ¡Si lo supieran esos policías, esos periodistas, esas gentes que aún me buscan por el mundo! **(Emocionado.)** Pero, aunque me busquen aprisa y aparezcan aquí un día, llegarán tarde... Lo sé. Voy a vivir muy poco.

HANS.- ¡Maestro!

ANDRÉS.- ¡Calle usted! **(Mirando adentro.)** No lo sabe nadie. Solo me creen perturbado por mis recuerdos y mi dolor... Yo sí. Este pobre corazón ha sufrido tanto que resistirá muy poco; estoy seguro... Anoche, de madrugada, creí que todo acababa. Un ahogo... Una asfixia. ¡Ah! La muerte...

HANS.- ¡Oh! Basta, maestro. Es preciso hacer algo. ¡Salir de aquí! No sé cómo. ¡Pero volver a Europa! ¡Acabe ya esta aventura! ¡Hay que salvarlo!

ANDRÉS.- ¡Silencio! Cállese... Ya es tarde. **(Sonríe.)** ¿Cree usted que cuando muera me seguirán buscando?

HANS.- Le buscarán siempre. A usted y a ella...

ANDRÉS.- **(Palidece.)** ¿Qué dice usted?

HANS.- **(Lentamente.)** Sí. Andrés Kovach y su amada desaparecieron la misma noche de París.

ANDRÉS.- **(En pie.)** ¿Cómo? Pero, ¿es que a ella tampoco la encontraron? ¡Hable!

HANS.- No, maestro. Hasta hace un instante yo mismo creí que ella estaba aquí con usted.

ANDRÉS.- **(En pie, excitadísimo.)** ¡¡Ella aquí!! ¡No! ¡Qué locura! ¿Cómo ha podido usted pensarlo?

(Y la voz de MARCEL, más alegre que nunca, se oye desde arriba.)

VOZ DE MARCEL.- «Pour le repos, le plaisir du militaire»...

PEDRO.- **(Bajando muy aprisa la escalera.)** ¡Andrés!

ANDRÉS.- ¡Pedro!

PEDRO.- ¡Otro!

ANDRÉS.- ¿Qué dices?

PEDRO.- ¡Otro!

HANS.- **(Alegre.)** Es Marcel. Vinimos los dos. Fue él quien me salvó la vida.

PEDRO.- ¡Otro! Pero este está loco. Le he visto bajar de un árbol, habla solo y no hace más que cantar.

MARCEL.- **(Aparece en lo alto de la escalera.)** «"Aux Tourlouroux", c'est le nom du cabaret»...

PEDRO.- ¡Mírale!

ANDRÉS.- Esta bien... Vete, Pedro.

PEDRO.- ¡Hum! **(Ofendidísimo.)** ¡Egoísta! **(Y se va.)**

MARCEL.- ¡Hans!

HANS.- Aquí estoy, Marcel.

MARCEL.- Hola... Me gusta. Ya veo que no te has escapado. **(Se vuelve. Ve a ANDRÉS y se acerca lentamente hacia él, muy risueño.)** ¡Ah! Es usted... Andrés Kovach. **(Sonríe.)** Buenos días. Usted es el gran Kovach... No, no; ni una palabra. Estoy enterado

de todo... Doce años en la isla. Una gran tragedia en el pasado. Lo sé todo. **(Ríe.)** Decididamente los grandes hombres superan en todo a los hombres vulgares. Un gran hombre como usted necesita para olvidar su dolor un rincón fantástico, en una isla desconocida. Los hombres vulgares apenas tienen tiempo de llorar sus penas, sentaditos en un tranvía...

ANDRÉS.- ¡Se burla usted!

HANS.- **(Gravemente.)** ¡Marcel!

MARCEL.- No; discúlpeme... Es que yo soy de la clase media. Pero la verdad es que no puedo burlarme. Es usted demasiado extraordinario. Y, además, le debo la más bella aventura de mi vida. Me gustaría estar aquí mucho tiempo, Andrés Kovach, mirándole fijamente, hasta que usted mismo me descubriera todos sus secretos... Porque usted tiene un gran secreto, ¿no es verdad? **(Sonríe.)** No, no tema. No lo haré... **(Bruscamente.)** ¿De veras cree usted que la vida es tan despreciable que merece ser enterrada en el subterráneo de una isla desierta?

ANDRÉS.- **(Mirándole enternecido.)** Sí. Pero usted no puede comprenderlo.

MARCEL.- ¡Oh!

ANDRÉS.- Es usted muy optimista y muy joven. Y la vida, la verdadera vida, empieza cuando uno ha dejado de ser alegre.

MARCEL.- Es decir: cuando uno comienza a parecerse a los muertos... **(Transición: vivo, enérgico.)** Bueno. ¡Se acabó!

ANDRÉS.- ¿Eh?

HANS.- ¡Marcel!

MARCEL.- Prepárese usted para volver a vivir, Andrés Kovach... Su aventura ha terminado. ¡Fuera esa túnica! ¡Alégrese!

ANDRÉS.- ¿Qué está usted diciendo?

HANS.- **(Anhelante.)** ¿Qué dices, Marcel?

MARCEL.- ¡Se acabó! ¿Lo oye usted? Óyeme tú también,

Hans.

HANS.- Di...

MARCEL.- Ven aquí... Esta tarde tú y yo correremos una nueva aventura. Nos haremos a la mar en la barca. ¿Quieres?

HANS.- ¡Sí!

MARCEL.- Yo estoy seguro de que a pocas millas de aquí, por el mar, anda la escuadra. La guerra está muy cerca. Si tenemos suerte nos salvaremos...

HANS.- ¡Sí, Marcel!

MARCEL.- Es una locura, ya lo sé. La vida es triste o loca. Seamos un poco locos, que es la más bella manera de vivir. Estoy seguro de que regresaremos aquí a la noche a bordo de un barco y traeremos a la isla la libertad y la alegría... ¡Andrés Kovach y los suyos volverán a Europa, a París, al mundo...!

HANS.- ¡Bravo, Marcel! Estoy a tus órdenes. ¡En marcha!

ANDRÉS.- **(Desde el fondo.)** ¡No! Esperen.

HANS.- ¡Maestro!

MARCEL.- ¿Cómo?

ANDRÉS.- Sí; es preciso que ustedes salgan a la mar... Se salvarán, estoy seguro. Pero yo les pido con toda mi alma que se olviden de esta aventura... Que no cuenten a nadie que Andrés Kovach vive en este refugio. ¿Me oyen? Se lo ruego con todas mis ansias... ¿Me lo prometen? ¡Júrenlo!

MARCEL.- ¿Qué dice usted?

ANDRÉS.- **(Angustiosamente, sin voz apenas.)** Por piedad... Es algo superior que ustedes no podrán comprender jamás. Vine aquí porque este retiro era como un anticipo de la muerte... Déjenme... ¡Márchense! Y no vuelvan jamás; se lo exijo... ¿Todavía no me han comprendido? ¿Por qué piensan ustedes que Andrés Kovach se inventó una nueva vida sino porque odiaba la vida anterior? ¡Odio ese mundo! ¡Os odio a vosotros! ¡Odio

vuestra civilización! ¡¡Fuera!! ¡Idos de aquí y no volváis jamás!

HANS.- ¡Oh!

MARCEL.- (Un silencio. Sereno, emocionado.) Volveremos, Kovach.

ANDRÉS.- ¡Eh!

MARCEL.- Volveremos. Y a usted y a los suyos los arrancaremos de aquí por la fuerza de los puños, si es necesario.

ANDRÉS.- Pero, ¿qué es esto? ¡Con qué derecho me amenaza usted?

MARCEL.- No le amenazo... Le hablo en nombre de su propio derecho a vivir. ¡Termine ya esta aventura!

HANS.- Sí, maestro... Marcel tiene razón. ¡Oígale!

MARCEL.- ¡Oígame, sí, Kovach! Suba usted a la playa y lance al mar ese dolor egoísta y soberbio. Aprenda usted a amar otra vez como cuando era un niño. El dolor solo se puede vencer con amor. Y la vida, la vida que ríe y llora todos los días es una cosa muchísimo más importante que el propio dolor.

ANDRÉS.- Pero yo detesto esa vida... ¿Lo oye usted?

MARCEL.- (Insolente.) ¿Por qué?

ANDRÉS.- ¿Cómo quiere usted que vuelva a amar a la vida y a los hombres si para mí la vida y la Humanidad entera eran ella: sus ojos, su risa, su amor? Cuando se ama, uno siente, sin saber por qué, que gobierna el mundo... ¡El mundo grande lleno de mar, de estrellas y de jardines! Pero es porque todo el mundo se tiene en la mano cuando a ella se la acaricia. ¡El mundo es ella! ¿No lo sabe usted? (Estremeciéndose.) ¡¡Y fue ella misma quien me engañó!! ¿Lo oye? Hace doce años que estoy aquí y no he podido olvidarla. Algunas noches, cuando toco la Sonata, como aquella noche en que la conocí, creo que aparece ella misma ante mí, tan hermosa como entonces... ¡Y todavía la sigo maldiciendo! (Esconde la cara entre las manos. Y se estremece.) ¡Oh, Dios,

Dios!

MARCEL.- ¡Pobre Andrés Kovach! ¡Doce años en este infierno! Usted que se creó una vida para olvidar, huyó de los hombres, pero se quedó entre sus propios fantasmas. **(Transición.)** Además esto debe de ser aburridísimo...

ANDRÉS.- ¡Cállese!

MARCEL.- **(Suspira. Sonríe.)** No se puede ser demasiado triste: es muy poco elegante. Es mejor vivir con alegría. La vida es muy dura, pero no conozco nada más delicioso. **(Sonriendo encantado.)** Pasear de noche por las ciudades, comprar claveles a las floristas, oír cómo suena el reloj de una catedral, enamorarse todas las primaveras, soñar con las artistas de cine... ¡Oh! Llorar un poco cuando no nos ve nadie y reír mucho cuando nos oye todo el mundo. Sonreír al menos... Créame usted. La sonrisa es el idioma universal de los hombres inteligentes. Yo he pensado a veces que solo son tristes los tontos y los delincuentes...

ANDRÉS.- ¡Y es usted quien me habla de la alegría de vivir! **(Desganado e irónico.)** ¡Usted: un soldado! ¡Un hombre que viene de la guerra, en nombre de esa Humanidad canalla que todavía no aprendió a vivir sin dolor! ¡Usted que, como todos, trae la barbarie y la muerte...!

MARCEL.- **(Lentamente.)** ...Y el amor. Eso que usted no puede comprender porque tiene el alma seca de odio. **(Transición, sonriendo.)** Vamos. Todo ha terminado. Al amanecer será usted otro hombre...

ANDRÉS.- ¡¡No!!

HANS.- Sí, maestro... Volverá usted a su arte, a triunfar otra vez.

MARCEL.- Piense usted en estas pobres gentes que le acompañan. Esos criados, ese pobre hombre que recita versos a media noche, ese marinero que se muere de nostalgia... ¿No siente usted piedad de ellos?

ANDRÉS.- **(Un gran silencio, lleno de angustia. Y después, con toda su alma.)** ¡No! ¡No saldré de aquí! ¡¡Lo juro!!

HANS.- ¡Oh!

MARCEL.- Pues bien... Oígame usted, Andrés Kovach. Tendrá usted que seguirme a la fuerza... ¿Lo oye?

ANDRÉS.- ¿Eh?

MARCEL.- Es irremediable. Porque yo, yo, le he robado lo mejor de usted mismo, casi su vida entera... **(Con mucha emoción.)** Estrella es mía.

ANDRÉS.- ¡¡Qué!! ¡Mi hija!

HANS.- ¡Oh, Marcel!

MARCEL.- **(Con una jubilosa solemnidad; tierno, dichoso, como emocionado.)** ¡Estrella ya es mía!

ANDRÉS.- ¡Mi hija! Pero, ¿qué ha hecho usted? Hable.

HANS.- ¡Marcel!

MARCEL.- Ha sido maravilloso, Hans. **(Sonríe.)** Figúrate. Yo era su sueño. ¡Yo! ¿No es un prodigio? Todas las muchachas sueñan con un amor... ¿Comprendes? Pero lo importante es que un hombre se reconozca a sí mismo en ese sueño... Y entonces él será el amado. Esta mañana, cuando tú dormías, Estrella contaba su sueño en voz alta. Yo la escuchaba debajo de esa escalera, temblando de alegría y de emoción. Porque las caricias que soñaba Estrella eran las mías, el sueño de amor que ella imaginaba era mi propio sueño que yo guardaba para mí, que yo estaba seguro de encontrar un día... Y ese día ha llegado. Yo soy el sueño de Estrella. ¿Comprendes, Hans? Estrella es para mí. Estrella es mía. La llevé arriba a la isla. Fue una maravilla, Hans. Es tan hermosa. Nos cogimos de la mano. Dios sonreía, estoy seguro. Cuando uno es feliz parece que oye la risa de Dios. Yo dije: «Señor, quiero a Estrella para mujer mía...» Como ha sido mi sueño, será mi vida.

ANDRÉS.- **(Espantado.)** ¿Eh? Pero, ¿entonces...?

MARCEL.- **(Fascinado.)** Sí, Estrella es mi mujer...

ANDRÉS.- **(En pie, temblando.)** ¿Qué ha dicho usted? ¿Qué ha hecho?

HANS.- ¡Maestro! Quieto.

ANDRÉS.- ¡Mi hija! ¿Qué ha hecho usted?

HANS.- ¡Por favor!

ANDRÉS.- ¡Mi hija! ¡Mi hija! **(Gritando.)** ¡Estrella! ¿Dónde estás? ¡Estrella! ¡Estrella!

(Y en la escalera aparece ESTRELLA, deliciosa, feliz, más ingrávida aún.)

ESTRELLA.- **(Con dulzura.)** Aquí estoy, padre.

MARCEL.- ¡Estrella!

ANDRÉS.- ¡Estrella!

(Inmóvil. La muchacha baja despacio los peldaños. ANDRÉS

Kovach la mira con angustia, cae rendido en un banco.

ESTRELLA lentamente va hacia él. Se arrodilla. Esconde su cara, llena de alegre rubor, en las rodillas de ANDRÉS. Mientras, un gran silencio.)

Hija... Hija... ¿Qué has hecho? **(Se ahoga.)**

ESTRELLA.- ¡Padre!

ANDRÉS.- ¿Qué has hecho? Ciega, loca. **(Ronco.)** Ha sido inútil mi esfuerzo para que fueras distinta a todas las mujeres. Te traje aquí para que no adivinaras nunca la otra vida que está detrás de nosotros mismos... ¡La vida maldita! Quise que fueras siempre pura porque solo así podías ser dueña de ti misma. ¿Qué has hecho?

ESTRELLA.- ¡Padre!

ANDRÉS.- **(Cogiéndola de los hombros.)** ¡Dilo!

ESTRELLA.- Padre... La otra vida no está detrás de nosotros mismos. **(Una mano en la frente.)** Está aquí, dentro, muy dentro... Y no es preciso llamarla porque ella viene a despertarnos. Llega por la noche cuando la vida verdadera de todos los días no existe, cuando no se oyen voces ni ruidos... Es el sueño, que llena el alma y la cabeza de palabras y de caricias... ¿No lo comprendes, padre? Yo no tengo la culpa, yo no llamaba a los sueños. Pero tenía la cabeza llena... Algunas veces me ardía la frente y quería pensar que era mejor vivir sola contigo, cantando por la playa con Tony, oyendo las historias de Ana... Y así siempre, siempre. Pero no es verdad... No puede ser. Si supieras, padre, si supieras... Cómo tiembla una cuando esa voz misteriosa dice que hay más, que la vida no se acaba nunca porque empieza en el sueño de todas las noches. **(Un estremecimiento de gozo.)** Y entonces no es una dueña de sí misma... **(Sonríe deliciosamente.)** Ni quiero serlo. ¿Comprendes, padre?

ANDRÉS.- ¡Calla!

ESTRELLA.- Mi sueño era Marcel... Ni yo misma lo sabía. **(Vuelve, sin alzarse del suelo, el rostro hacia MARCEL. Sonríe.)** Míralo, padre.

ANDRÉS.- Calla.

ESTRELLA.- Está ahí...

MARCEL.- **(Muy emocionado.)** Amor...

ESTRELLA.- Es tan alegre... Como la vida, padre. **(Apoyando otra vez la cabeza en las rodillas de ANDRÉS.)** ¡Le quiero! **(Se calla y sueña.)** Es mi vida...

ANDRÉS.- **(Muy pálido ya. Sin voz.)** ¿Qué dices? ¡Hija!

ESTRELLA.- **(Transición: en pie, alegre, anhelante.)** Padre... Nos iremos de aquí ¿verdad? ¡Al mundo! ¡A la vida! Marcel nos llevará muy lejos... Dime que sí, padre. Dímelo...

ANDRÉS.- **(Escondiendo la cara entre las manos. Un sollozo.)**
¡¡Oh!!

ESTRELLA.- ¿Por qué no contestas? Di que nos iremos. ¿Por qué no hablas? ¡Oh! ¿Por qué no quieres? **(Corriendo a refugiarse aterrada en los brazos de MARCEL.)** Si te niegas seré capaz de ahogarme con él en el mar... ¡Lo juro!

MARCEL.- ¡Estrella!...

(ANDRÉS solloza, una pausa. Asoma PEDRO la cabeza y llama tímidamente.)

PEDRO.- ¡Chiss! Andrés... Oye. Me parece que la muchacha tiene razón. Deberíamos irnos... Yo creo que ya hemos estado aquí una temporada. ¿Eh, Andrés? **(Entra y se acerca.)** ¡Je! Vámonos de aquí, Andrés... ¿No me oyes? Mira: todos estamos llenos de esperanza... ¿Querrás, Andrés? Di. **(Y a su lado, suplicante, casi de rodillas.)** Yo siempre te he obedecido. Seguí todos tus caprichos. Pero ahora te lo pido con toda mi alma. Vámonos, Andrés... **(Un gemido.)** Si no, me volveré loco y no quiero... ¡No quiero, Andrés! Yo quiero vivir. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

(Entra SIMÓN.)

SIMÓN.- ¡Ea! ¿Cuándo nos vamos?

ANDRÉS.- **(Dolorosamente.)** ¡Simón!

(Dentro, arriba, un grito de ANA. Todos se vuelven con ansiedad.)

TODOS.- ¿Eh?

ANA.- ¡Señor! **(Surge en la escalera. Baja precipitadamente.)**
¡Señor! ¡Señor!

SIMÓN.- ¡Ana! ¿Estás loca?

PEDRO.- ¿Qué pasa?

ESTRELLA.- ¡Ana!

ANA.- ¡El pobre Tony!

TODOS.- ¿Qué?

ESTRELLA.- ¡Oh, Ana!

ANA.- Estaba dentro de la lancha, alegre como una criatura. Daba saltos. Hablaba solo, se reía. Yo le vi desde lejos... De pronto cogió los remos, remó con todas sus fuerzas y se fue...

TODOS.- **(Espantados.)** ¡Oh!

ANA.- Se fue por el mar adelante. Ya está muy lejos. Yo lo he visto. Le grité con toda mi alma, pero fue inútil... **(Llora.)**

ESTRELLA.- **(Un sollozo.)** ¡Tony!

SIMÓN.- ¡Se perderá en el mar!

PEDRO.- ¡Viejo loco!

ANA.- Fue la alegría... Iba trastornado. ¡Oh, Dios mío! ¡Pobre Tony! ¡Ya no lo veremos más!

SIMÓN.- ¡Perecerá!

ANDRÉS.- Tony, loco... ¡Loco!

(Una pausa larga y angustiosa. HANS se vuelve lívido hacia MARCEL.)

HANS.- Se llevó la barca. Ya es irremediable, Marcel... ¡¡Aquí para siempre!! ¡¡Para siempre!!

PEDRO.- **(Trémulo. En un alarido.)** ¡¡Para siempre!!

ANDRÉS.- **(Como un eco.)** Para siempre...

ANA.- **(Solloza.)** ¡Para siempre!

ESTRELLA.- **(Revolviéndose con toda su alma.)** ¡No, Marcel! ¡¡No!! ¡¡No!! ¡Ahora ya no podría! ¡No quiero! ¡No quiero! No quiero...

MARCEL.- **(Abrumado.)** Calla... Es atroz.

(Un silencio. ESTRELLA solloza, PEDRO gime al fondo y de pronto, en la lejanía, una salva de cañonazos. Se agitan todos.)

TODOS.- ¿Eh?

MARCEL.- **(En pie en un resurgir.)** ¡Callad!

ANA.- ¡Dios mío!

SIMÓN.- ¡Cañonazos!

PEDRO.- ¿Oís?

MARCEL.- **(Mientras prosiguen los disparos.)** ¡Silencio! ¡¡Hans!!

HANS.- **(Emocionadísimo.)** ¡Sí, Marcel!

MARCEL.- ¿Oyes? ¡Es la escuadra!

(Arrecian las baterías.)

HANS.- ¡¡Sí!!

MARCEL.- ¡La escuadra estaba cerca! ¡Están combatiendo! Yo tenía razón...

HANS.- ¡Se acercan!

MARCEL.- ¡¡Estrella!! ¡¡Mi vida!! **(Un grito.)** ¡Salvados!

TODOS.- ¡¡Salvados!! ¡¡Salvados!!

(Corren hacia la escalera.)

PEDRO.- ¡A la playa! ¡Pronto! **(Como un loco.)** Salvados, salvados...

HANS.- ¡Corramos, Marcel! ¡Vivo!

(Suben.)

ANA.- ¡Yo voy también!

MARCEL.- Vamos, Estrella.

ESTRELLA.- ¡Contigo siempre!

MARCEL.- Ven... **(Volviéndose hacia ANDRÉS Kovach. Triunfal.)** ¡Andrés Kovach! Véalo usted: la guerra que es el dolor y la muerte trae ahora para nosotros la vida y la libertad... Corramos, mi vida. ¡Vamos a vivir!

ANDRÉS.- **(Débilmente, cuando el criado está a punto de alcanzar la escalera siguiendo a los demás.)** ¡Simón!

SIMÓN.- **(Se detiene impresionado.)** Señor.

ANDRÉS.- ¡Simón!

SIMÓN.- **(Acudiendo.)** Aquí estoy, señor.

ANDRÉS.- ¿Tú también, Simón? Pero, ¿es que no lo sabes todo?

SIMÓN.- ¡Ah! **(Aterrado. Una transición como volviendo en sí.)**
¡Perdón, señor! ¡Me volví loco! Solo pensé en huir de aquí como todos... ¡Perdón! ¡¡Perdón!!

ANDRÉS.- Pero, ¿es que ya has olvidado por qué yo no puedo volver jamás al mundo?

(Un gemido. Lejos prosigue el cañoneo.)

TELÓN

Acto II

△▽

El mismo decorado. Horas después. Mediodía. Se alza el telón. Vemos que, en efecto, es SIMÓN quien solo en escena golpea el «gong» entre gestos y gritos desaforados. Está sofocado, lleno de pavor. Asustadísimo.

SIMÓN.- **(Mientras grita y da golpes en el «gong», que retumba estruendosamente.)** ¡Ana! ¡Pedro! ¡Tony! **(Todo excitado.)** ¡Pronto! ¡Venid! ¡Ana! ¡Tony! ¿Dónde estáis?

(Entra PEDRO casi corriendo, demudado.)

PEDRO.- ¡Cristo! ¿Qué te pasa?

SIMÓN.- ¡Ahí! Ahí está. ¡Ana! ¡Tony!

(Golpes de «gong».)

PEDRO.- Pero, ¿te has vuelto loco, mamarracho?

SIMÓN.- ¡¡Ahí está!! ¡Debajo de la escalera!

(PEDRO corre, indignado y mira. Un brinco.)

PEDRO.- ¡¡Demonio!! (Aterrado. Sin voz casi.) ¡Eh! ¿Quién es este hombre?

SIMÓN.- Ana, Ana, Tony...

(Aparece ANA.)

PEDRO.- ¿Qué es esto?

ANA.- ¡Simón!

SIMÓN.- (Sin voz casi ya.) ¡Ahí! Ahí... ¡Miradlo!

ANA.- (Va. Se santigua.) ¡Santo Dios!

TONY.- (Entrando.) ¿Qué diablos sucede? ¡¡Oh!! ¡Un hombre!

SIMÓN.- ¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Yo lo he descubierto! ¡Yo!

PEDRO.- ¡Está durmiendo!

SIMÓN.- Ya lo sé. Es un fresco.

ANA.- ¡Dios Santo! ¡Un milagro!

PEDRO.- Es inconcebible... No puedo creerlo. ¿Cómo ha venido este hombre? ¿Por dónde?

TONY.- Mirad... (Como un chiquillo.) ¡Se ha movido!

ANA.- ¡Va a despertar! ¡Señor!

PEDRO.- ¡Demonio! Estoy emocionadísimo. ¿Quién será? ¿No estamos soñando?

(Vuelven todos al centro de la escena. Están nerviosos, turbados; se arreglan el peinado, los vestidos, etcétera.)

¿Qué vamos a decirle?

SIMÓN.- ¡Hombre! Lo primero... ¿Cómo está usted? Es lo corriente.

PEDRO.- Estoy nerviosísimo, Simón. Me gustaría tener un

chaqué.

SIMÓN.- ¡Digo!

PEDRO.- Y un sombrero de copa... ¿Qué va a decir de nosotros? Con esta facha. Así no se puede recibir a nadie.

ANA.- ¡Miradlo! Ya se mueve. ¡Dios mío!, cuando lo sepa el señor...

TONY.- ¡Oh, oh, oh! **(Palmoteando como un niño.)** ¡Aquí está!

(Y así es. De la escalera sale HANS. Sonríe ruborizado. Los contempla con cariñosa curiosidad. Los demás le abren paso azoradísimos.)

HANS.- **(Sonriendo.)** Buenos días...

(Una pausa. HANS avanza hasta el centro. Los demás le observan. Se mueven en torno suyo.)

PEDRO.- ¿Has oído, Pedro? ¡Je! Ha dicho buenos días... Es simpatiquísimo.

SIMÓN.- Hombre, sí. Buenos días... Muy ingenioso.

ANA.- **(Se santigua.)** ¡Señor! ¡Señor!

TONY.- Es un gran mozo.

HANS.- Discúlpenme... Me dormí. Llevaba muchas horas sin dormir.

PEDRO.- ¡Caballero! Ni una palabra. **(Finísimo.)** Está usted en su casa. Aquí somos todos muy campechanos. **(Transición.)** Caballero, me muero de curiosidad. No puedo más... ¿Quiere usted decirnos cómo ha llegado usted a la isla?

HANS.- En una barca.

TODOS.- ¡En una barca!

TONY.- ¡Una barca!

HANS.- ¡Sí! Está arriba, amarrada en la playa.

TONY.- ¡Una barca! Yo quiero verla... Voy a la playa. Hace

doce años que no veo una barca...

ANA.- ¡Tony!

TONY.- ¡Oh!, ¡Dejadme, dejadme! ¡Una barca! (Y trabajosamente, pero lleno de entusiasmo, emocionadísimo, asciende por la escalera y desaparece.)

SIMÓN.- ¡Tony!

ANA.- ¡Con cuidado, Tony!

PEDRO.- El pobre... No es un hombre de mundo. Figúrese usted: se ha impresionado. Y total ¿por qué? (Sonríe.) Como si venir aquí en una barca tuviera algo de particular... (Transición.) Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo es posible atravesar el Pacífico en una barca?

HANS.- Yo le explicaré... Tranquilícense. Fue un naufragio.

TODOS.- ¡Ah!

HANS.- ¡Es la guerra!

PEDRO.- ¡Diablo!

SIMÓN.- ¿La guerra? ¿Tú oyes, Ana?

ANA.- ¡La guerra!

PEDRO.- ¡Ha estallado la guerra! (Muy indignado.) ¡Y nosotros sin saberlo!

SIMÓN.- Ya, ya.

PEDRO.- Oiga usted. ¿Y qué dice el mariscal Hindenburg¹²?

HANS.- ¡Oh!

(Bajo un arco lateral aparece la figura de ANDRÉS Kovach. Alto, erguido, gran señor, cara pálida, pelo gris... Todo él abandonado y artista. En los ojos, siempre una vaga humedad. Túnica de color rojo indio que le llega hasta el suelo. Una vida interior rebosante.)

ANDRÉS.- ¡Simón!

(Silencio en todos.)

ANA.- ¡Señor!

SIMÓN.- ¡Señor!

PEDRO.- (**Jubilosísimo.**) ¡Mira, Andrés! Te voy a presentar...

ANDRÉS.- Calla, Pedro. Lo oí todo. Gritabais tanto...

HANS.- (**Suspenso de emoción. Avanzando un paso hacia ANDRÉS.**) ¡Andrés Kovach!

TODOS.- ¡Ah!

HANS.- ¡Era él! ¡El maestro! Andrés Kovach... Yo no me equivocaba... Solo él podía tocar así la Sonata. ¡Andrés Kovach!

TODOS.- ¡Ah!

ANDRÉS.- (**Sorprendido.**) ¿Me reconoce usted?

HANS.- ¡Oh! Maestro, maestro...

ANDRÉS.- Gracias.

HANS.- ¡Maestro!

ANDRÉS.- (**Una pausa. Mirando a HANS.**) Retiraos, Simón.

(SIMÓN y ANA salen lentamente.)

Vete, Pedro.

PEDRO.- ¿Yo también, Andrés?

ANDRÉS.- Sí, te lo ruego.

PEDRO.- (**Suplicante.**) Óyeme, Andrés. Hace doce años que no sabemos nada del mundo. Este hombre, aquí, es como un sueño. Solo quiero verle. Y oírle. Déjame oírle, Andrés.

ANDRÉS.- Luego, Pedro... Más tarde.

PEDRO.- (**Todo coraje.**) Caballero, esta tarde daré en su honor una función de gala. Tengo mucho gusto en invitarle... (**Va a salir y vuelve.**) Pero, por lo menos, una pregunta. Me muero de curiosidad, caballero: ¿de veras da resultado el cine sonoro¹³?

HANS.- Sí...

PEDRO.- ¡Hola! Entonces...

(Y se marcha preocupadísimo. Quedan solos ANDRÉS y HANS.
ANDRÉS se sienta fatigado. HANS le mira largamente y luego
acude a su lado.)

HANS.- ¡Andrés Kovach!

ANDRÉS.- Sí... ¿Quién es usted?

HANS.- Hace doce años que el mundo entero se pregunta por Andrés Kovach. Los periódicos de todos los países siguen todavía hablando de su desaparición... Se le ha buscado en América, en Europa. En todos los continentes. El más famoso violinista del mundo, ídolo de los públicos, el que tocaba como un iluminado la «Sonata a Kreutzer» desapareció una noche de París, hace doce años, sin dejar rastro. Lo buscó la policía... Fue inútil. No se le encontró. **(Todo entusiasmado.)** Y soy yo, ¡yo!, el más humilde de sus discípulos, quien le descubre en una isla del Pacífico, en este rincón del mundo...

ANDRÉS.- ¿Es usted músico?

HANS.- Sí.

ANDRÉS.- ¡Ah! **(Conmovido.)** Acérquese. Hace un instante hubiera jurado que era usted un policía. ¡Perdóneme! Tengo un poco de fiebre... Venga, hijo mío.

HANS.- ¡Maestro! Si usted supiera cómo he soñado con usted... Casi de niño le oí tocar una noche en la sala Raymond de París... ¡Cómo sonaba su violín aquella noche! De madrugada, volví a encerrarme en mi cuarto con mi pobre violín entre las manos y lloré de rabia y de coraje. ¡Y lo he encontrado yo! ¡¡Yo!! ¿Comprende usted? ¡Cómo lo adiviné esta mañana al oír la Sonata! Mientras tantas gentes en el mundo intentan descubrir su paradero...

ANDRÉS.- ¿Todavía me buscan?

HANS.- ¡Siempre!

ANDRÉS.- ¡Oh!

HANS.- Y aún preguntan: ¿por qué desapareció? ¿Por qué, maestro? ¿Por qué? **(Mirándole profundamente y derramando después la mirada sobre las vestiduras de ANDRÉS Kovach y en el vacío del escenario.)** ¿Por qué?

ANDRÉS.- ¡Muchacho!

HANS.- ¿Por qué esta extraordinaria locura?

ANDRÉS.- ¡Calle! **(Sonríe.)** Vea usted: una gran aventura. Esto es todo...

HANS.- ¡Maestro!

ANDRÉS.- Un día, hace muchos años, comprendí -¡ojalá que usted no lo comprenda nunca!- qué inútil es vivir cuando ya solo se guarda odio para los hombres y para el mundo entero. Usted seguramente ha sufrido muy poco. Tiene aún esos ojos tan dulces y llenos de alegría... Míreme a mí. Si supiera usted qué atroz es sentir que día a día se va llenando el alma de rencor. El delito de los que nos engañan no está en su engaño, sino en que ya no nos dejan soñar que no nos engañarán nunca... ¿Comprende usted? A mí me engañaron. Fue una traición horrible. Y aborrecí la vida y los hombres. ¡Y las grandes ciudades llenas de mentira y de maldad! ¡Y a ese mundo estúpido y canalla que se cree civilizado porque lo disculpa todo sin comprender nada! **(Una pausa. Otra voz.)** Un día, en mi juventud, durante un viaje por Oriente, tuve el capricho de construir este subterráneo en una de esas pequeñas islas desconocidas del Pacífico. Era yo tan caprichoso y tan artista entonces... Lo hice con el mayor sigilo. No lo supo nadie. Yo soñaba con descansar aquí, alguna vez lejos de todos, solo con ella... Vestidos con estas túnicas. Vivir una vida nueva y alegre en soledad, sin otra compañía que mi violín, el mar y los árboles de la isla. Y, además, la amaba tanto... **(Se detiene. Muy fatigado.)** ¡Y fue ella misma quien me engañó! ¿Me oye usted?

HANS.- ¡Por favor!... Cálmese.

ANDRÉS.- Cuando descubrí su traición, solo supe huir. Huir de

todos, de mí mismo, de mi vida llena de desconsuelo y de lágrimas. Recordé este escondite mío en medio del mar. Salí de París una noche como un delincuente. Embarqué en mi «yacht» con mi hija, dos criados y Pedro, mi pobre amigo tan loco y tan desgraciado. Proyectábamos vivir aquí una gran temporada. Hasta olvidar para siempre. Lo preparamos todo. La isla es rica: está llena de frutas, de sol y de hojas verdes. Simón es un gran cazador... Nos trajo mi «yacht». Pasaron unos meses. Una tarde los marineros que tripulaban el «yacht» me anunciaron que no estaban dispuestos a seguir viviendo lejos del mundo. Temblé... Pensé en lo que sería otra vez la vida allá en las grandes ciudades, en París... Les rogué que aguardasen un poco todavía. Callaron. Pero fue inútil. A la noche, cuando todos dormíamos se hicieron a la mar en mi «yacht». Solo quedó conmigo el viejo Tony, el más fiel de todos. Desde entonces aquí estamos: han pasado doce años...

HANS.- ¡Es extraordinario! ¡Doce años ausentes del mundo, como muertos!

ANDRÉS.- Ni un solo barco pasó ante la isla en este tiempo... Está en una ruta tan extraña... Han ido transcurriendo los días uno tras otro, a solas con mi violín. Una vida sin noches, ni días. Una vida sin ninguno de los estímulos que brinda la civilización. El mar, la isla y cada uno de nosotros en nuestra propia soledad... El mundo, tan lejos, que apenas existe para mí en el recuerdo. ¡Si lo supieran esos policías, esos periodistas, esas gentes que aún me buscan por el mundo! **(Emocionado.)** Pero, aunque me busquen aprisa y aparezcan aquí un día, llegarán tarde... Lo sé. Voy a vivir muy poco.

HANS.- ¡Maestro!

ANDRÉS.- ¡Calle usted! **(Mirando adentro.)** No lo sabe nadie. Solo me creen perturbado por mis recuerdos y mi dolor... Yo sí. Este pobre corazón ha sufrido tanto que resistirá muy poco; estoy

seguro... Anoche, de madrugada, creí que todo acababa. Un ahogo... Una asfixia. ¡Ah! La muerte...

HANS.- ¡Oh! Basta, maestro. Es preciso hacer algo. ¡Salir de aquí! No sé cómo. ¡Pero volver a Europa! ¡Acabe ya esta aventura! ¡Hay que salvarlo!

ANDRÉS.- ¡Silencio! Cállese... Ya es tarde. **(Sonríe.)** ¿Cree usted que cuando muera me seguirán buscando?

HANS.- Le buscarán siempre. A usted y a ella...

ANDRÉS.- **(Palidece.)** ¿Qué dice usted?

HANS.- **(Lentamente.)** Sí. Andrés Kovach y su amada desaparecieron la misma noche de París.

ANDRÉS.- **(En pie.)** ¿Cómo? Pero, ¿es que a ella tampoco la encontraron? ¡Hable!

HANS.- No, maestro. Hasta hace un instante yo mismo creí que ella estaba aquí con usted.

ANDRÉS.- **(En pie, excitadísimo.)** ¡¡Ella aquí!! ¡No! ¡Qué locura! ¿Cómo ha podido usted pensarlo?

(Y la voz de MARCEL, más alegre que nunca, se oye desde arriba.)

VOZ DE MARCEL.- «Pour le repos, le plaisir du militaire»...

PEDRO.- **(Bajando muy aprisa la escalera.)** ¡Andrés!

ANDRÉS.- ¡Pedro!

PEDRO.- ¡Otro!

ANDRÉS.- ¿Qué dices?

PEDRO.- ¡Otro!

HANS.- **(Alegre.)** Es Marcel. Vinimos los dos. Fue él quien me salvó la vida.

PEDRO.- ¡Otro! Pero este está loco. Le he visto bajar de un árbol, habla solo y no hace más que cantar.

MARCEL.- **(Aparece en lo alto de la escalera.)** «"Aux Tourlouroux", c'est le nom du cabaret»...

PEDRO.- ¡Mírale!

ANDRÉS.- Esta bien... Vete, Pedro.

PEDRO.- ¡Hum! **(Ofendidísimo.)** ¡Egoísta! **(Y se va.)**

MARCEL.- ¡Hans!

HANS.- Aquí estoy, Marcel.

MARCEL.- Hola... Me gusta. Ya veo que no te has escapado. **(Se vuelve. Ve a ANDRÉS y se acerca lentamente hacia él, muy risueño.)** ¡Ah! Es usted... Andrés Kovach. **(Sonríe.)** Buenos días. Usted es el gran Kovach... No, no; ni una palabra. Estoy enterado de todo... Doce años en la isla. Una gran tragedia en el pasado. Lo sé todo. **(Ríe.)** Decididamente los grandes hombres superan en todo a los hombres vulgares. Un gran hombre como usted necesita para olvidar su dolor un rincón fantástico, en una isla desconocida. Los hombres vulgares apenas tienen tiempo de llorar sus penas, sentaditos en un tranvía...

ANDRÉS.- ¡Se burla usted!

HANS.- **(Gravemente.)** ¡Marcel!

MARCEL.- No; discúlpeme... Es que yo soy de la clase media. Pero la verdad es que no puedo burlarme. Es usted demasiado extraordinario. Y, además, le debo la más bella aventura de mi vida. Me gustaría estar aquí mucho tiempo, Andrés Kovach, mirándole fijamente, hasta que usted mismo me descubriera todos sus secretos... Porque usted tiene un gran secreto, ¿no es verdad? **(Sonríe.)** No, no tema. No lo haré... **(Bruscamente.)** ¿De veras cree usted que la vida es tan despreciable que merece ser enterrada en el subterráneo de una isla desierta?

ANDRÉS.- **(Mirándole enternecido.)** Sí. Pero usted no puede comprenderlo.

MARCEL.- ¡Oh!

ANDRÉS.- Es usted muy optimista y muy joven. Y la vida, la verdadera vida, empieza cuando uno ha dejado de ser alegre.

MARCEL.- Es decir: cuando uno comienza a parecerse a los muertos... **(Transición: vivo, energético.)** Bueno. ¡Se acabó!

ANDRÉS.- ¿Eh?

HANS.- ¡Marcel!

MARCEL.- Prepárese usted para volver a vivir, Andrés Kovach... Su aventura ha terminado. ¡Fuera esa túnica! ¡Alégrese!

ANDRÉS.- ¿Qué está usted diciendo?

HANS.- **(Anhelante.)** ¿Qué dices, Marcel?

MARCEL.- ¡Se acabó! ¿Lo oye usted? Óyeme tú también, Hans.

HANS.- Di...

MARCEL.- Ven aquí... Esta tarde tú y yo correremos una nueva aventura. Nos haremos a la mar en la barca. ¿Quieres?

HANS.- ¡Sí!

MARCEL.- Yo estoy seguro de que a pocas millas de aquí, por el mar, anda la escuadra. La guerra está muy cerca. Si tenemos suerte nos salvaremos...

HANS.- ¡Sí, Marcel!

MARCEL.- Es una locura, ya lo sé. La vida es triste o loca. Seamos un poco locos, que es la más bella manera de vivir. Estoy seguro de que regresaremos aquí a la noche a bordo de un barco y traeremos a la isla la libertad y la alegría... ¡Andrés Kovach y los suyos volverán a Europa, a París, al mundo...!

HANS.- ¡Bravo, Marcel! Estoy a tus órdenes. ¡En marcha!

ANDRÉS.- **(Desde el fondo.)** ¡No! Esperen.

HANS.- ¡Maestro!

MARCEL.- ¿Cómo?

ANDRÉS.- Sí; es preciso que ustedes salgan a la mar... Se

salvarán, estoy seguro. Pero yo les pido con toda mi alma que se olviden de esta aventura... Que no cuenten a nadie que Andrés Kovach vive en este refugio. ¿Me oyen? Se lo ruego con todas mis ansias... ¿Me lo prometen? ¡Júrenlo!

MARCEL.- ¿Qué dice usted?

ANDRÉS.- (**Angustiosamente, sin voz apenas.**) Por piedad... Es algo superior que ustedes no podrán comprender jamás. Vine aquí porque este retiro era como un anticipo de la muerte... Déjenme... ¡Márchense! Y no vuelvan jamás; se lo exijo... ¿Todavía no me han comprendido? ¿Por qué piensan ustedes que Andrés Kovach se inventó una nueva vida sino porque odiaba la vida anterior? ¡Odio ese mundo! ¡Os odio a vosotros! ¡Odio vuestra civilización! ¡Fuera!! ¡Idos de aquí y no volváis jamás!

HANS.- ¡Oh!

MARCEL.- (**Un silencio. Sereno, emocionado.**) Volveremos, Kovach.

ANDRÉS.- ¡Eh!

MARCEL.- Volveremos. Y a usted y a los suyos los arrancaremos de aquí por la fuerza de los puños, si es necesario.

ANDRÉS.- Pero, ¿qué es esto? ¿Con qué derecho me amenaza usted?

MARCEL.- No le amenazo... Le hablo en nombre de su propio derecho a vivir. ¡Termine ya esta aventura!

HANS.- Sí, maestro... Marcel tiene razón. ¡Oígale!

MARCEL.- ¡Oígame, sí, Kovach! Suba usted a la playa y lance al mar ese dolor egoísta y soberbio. Aprenda usted a amar otra vez como cuando era un niño. El dolor solo se puede vencer con amor. Y la vida, la vida que ríe y llora todos los días es una cosa muchísimo más importante que el propio dolor.

ANDRÉS.- Pero yo detesto esa vida... ¿Lo oye usted?

MARCEL.- (**Insolente.**) ¿Por qué?

ANDRÉS.- ¿Cómo quiere usted que vuelva a amar a la vida y a los hombres si para mí la vida y la Humanidad entera eran ella: sus ojos, su risa, su amor? Cuando se ama, uno siente, sin saber por qué, que gobierna el mundo... ¡El mundo grande lleno de mar, de estrellas y de jardines! Pero es porque todo el mundo se tiene en la mano cuando a ella se la acaricia. ¡El mundo es ella! ¿No lo sabe usted? **(Estremeciéndose.)** ¡¡Y fue ella misma quien me engañó!! ¿Lo oye? Hace doce años que estoy aquí y no he podido olvidarla. Algunas noches, cuando toco la Sonata, como aquella noche en que la conocí, creo que aparece ella misma ante mí, tan hermosa como entonces... ¡Y todavía la sigo maldiciendo! **(Esconde la cara entre las manos. Y se estremece.)** ¡Oh, Dios, Dios!

MARCEL.- ¡Pobre Andrés Kovach! ¡Doce años en este infierno! Usted que se creó una vida para olvidar, huyó de los hombres, pero se quedó entre sus propios fantasmas. **(Transición.)** Además esto debe de ser aburridísimo...

ANDRÉS.- ¡Cállese!

MARCEL.- **(Suspira. Sonríe.)** No se puede ser demasiado triste: es muy poco elegante. Es mejor vivir con alegría. La vida es muy dura, pero no conozco nada más delicioso. **(Sonriendo encantado.)** Pasear de noche por las ciudades, comprar claveles a las floristas, oír cómo suena el reloj de una catedral, enamorarse todas las primaveras, soñar con las artistas de cine... ¡Oh! Llorar un poco cuando no nos ve nadie y reír mucho cuando nos oye todo el mundo. Sonreír al menos... Créame usted. La sonrisa es el idioma universal de los hombres inteligentes. Yo he pensado a veces que solo son tristes los tontos y los delincuentes...

ANDRÉS.- ¡Y es usted quien me habla de la alegría de vivir! **(Desganado e irónico.)** ¡Usted: un soldado! ¡Un hombre que viene de la guerra, en nombre de esa Humanidad canalla que todavía no aprendió a vivir sin dolor! ¡Usted que, como todos, trae la

barbarie y la muerte...!

MARCEL.- **(Lentamente.)** ...Y el amor. Eso que usted no puede comprender porque tiene el alma seca de odio. **(Transición, sonriendo.)** Vamos. Todo ha terminado. Al amanecer será usted otro hombre...

ANDRÉS.- ¡¡No!!

HANS.- Sí, maestro... Volverá usted a su arte, a triunfar otra vez.

MARCEL.- Piense usted en estas pobres gentes que le acompañan. Esos criados, ese pobre hombre que recita versos a media noche, ese marinero que se muere de nostalgia... ¿No siente usted piedad de ellos?

ANDRÉS.- **(Un gran silencio, lleno de angustia. Y después, con toda su alma.)** ¡No! ¡No saldré de aquí! ¡¡Lo juro!!

HANS.- ¡Oh!

MARCEL.- Pues bien... Oígame usted, Andrés Kovach. Tendrá usted que seguirme a la fuerza... ¿Lo oye?

ANDRÉS.- ¿Eh?

MARCEL.- Es irremediable. Porque yo, yo, le he robado lo mejor de usted mismo, casi su vida entera... **(Con mucha emoción.)** Estrella es mía.

ANDRÉS.- ¡¡Qué!! ¡Mi hija!

HANS.- ¡Oh, Marcel!

MARCEL.- **(Con una jubilosa solemnidad; tierno, dichoso, como emocionado.)** ¡Estrella ya es mía!

ANDRÉS.- ¡Mi hija! Pero, ¿qué ha hecho usted? Hable.

HANS.- ¡Marcel!

MARCEL.- Ha sido maravilloso, Hans. **(Sonríe.)** Figúrate. Yo era su sueño. ¡Yo! ¿No es un prodigio? Todas las muchachas sueñan con un amor... ¿Comprendes? Pero lo importante es que un hombre se reconozca a sí mismo en ese sueño... Y entonces él

será el amado. Esta mañana, cuando tú dormías, Estrella contaba su sueño en voz alta. Yo la escuchaba debajo de esa escalera, temblando de alegría y de emoción. Porque las caricias que soñaba Estrella eran las mías, el sueño de amor que ella imaginaba era mi propio sueño que yo guardaba para mí, que yo estaba seguro de encontrar un día... Y ese día ha llegado. Yo soy el sueño de Estrella. ¿Comprendes, Hans? Estrella es para mí. Estrella es mía. La llevé arriba a la isla. Fue una maravilla, Hans. Es tan hermosa. Nos cogimos de la mano. Dios sonreía, estoy seguro. Cuando uno es feliz parece que oye la risa de Dios. Yo dije: «Señor, quiero a Estrella para mujer mía...» Como ha sido mi sueño, será mi vida.

ANDRÉS.- **(Espantado.)** ¿Eh? Pero, ¿entonces...?

MARCEL.- **(Fascinado.)** Sí, Estrella es mi mujer...

ANDRÉS.- **(En pie, temblando.)** ¿Qué ha dicho usted? ¿Qué ha hecho?

HANS.- ¡Maestro! Quieto.

ANDRÉS.- ¡Mi hija! ¿Qué ha hecho usted?

HANS.- ¡Por favor!

ANDRÉS.- ¡Mi hija! ¡Mi hija! **(Gritando.)** ¡Estrella! ¿Dónde estás? ¡Estrella! ¡Estrella!

(Y en la escalera aparece ESTRELLA, deliciosa, feliz, más ingrávida aún.)

ESTRELLA.- **(Con dulzura.)** Aquí estoy, padre.

MARCEL.- ¡Estrella!

ANDRÉS.- ¡Estrella!

(Inmóvil. La muchacha baja despacio los peldaños. ANDRÉS

Kovach la mira con angustia, cae rendido en un banco.

ESTRELLA lentamente va hacia él. Se arrodilla. Esconde su cara, llena de alegre rubor, en las rodillas de ANDRÉS. Mientras, un

gran silencio.)

Hija... Hija... ¿Qué has hecho? (Se ahoga.)

ESTRELLA.- ¡Padre!

ANDRÉS.- ¿Qué has hecho? Ciega, loca. (Ronco.) Ha sido inútil mi esfuerzo para que fueras distinta a todas las mujeres. Te traje aquí para que no adivinaras nunca la otra vida que está detrás de nosotros mismos... ¡La vida maldita! Quise que fueras siempre pura porque solo así podías ser dueña de ti misma. ¿Qué has hecho?

ESTRELLA.- ¡Padre!

ANDRÉS.- (Cogiéndola de los hombros.) ¡Dilo!

ESTRELLA.- Padre... La otra vida no está detrás de nosotros mismos. (Una mano en la frente.) Está aquí, dentro, muy dentro... Y no es preciso llamarla porque ella viene a despertarnos. Llega por la noche cuando la vida verdadera de todos los días no existe, cuando no se oyen voces ni ruidos... Es el sueño, que llena el alma y la cabeza de palabras y de caricias... ¿No lo comprendes, padre? Yo no tengo la culpa, yo no llamaba a los sueños. Pero tenía la cabeza llena... Algunas veces me ardía la frente y quería pensar que era mejor vivir sola contigo, cantando por la playa con Tony, oyendo las historias de Ana... Y así siempre, siempre. Pero no es verdad... No puede ser. Si supieras, padre, si supieras... Cómo tiembla una cuando esa voz misteriosa dice que hay más, que la vida no se acaba nunca porque empieza en el sueño de todas las noches. (Un estremecimiento de gozo.) Y entonces no es una dueña de sí misma... (Sonríe deliciosamente.) Ni quiero serlo. ¿Comprendes, padre?

ANDRÉS.- ¡Calla!

ESTRELLA.- Mi sueño era Marcel... Ni yo misma lo sabía. (Vuelve, sin alzarse del suelo, el rostro hacia MARCEL. Sonríe.) Míralo, padre.

ANDRÉS.- Calla.

ESTRELLA.- Está ahí...

MARCEL.- **(Muy emocionado.)** Amor...

ESTRELLA.- Es tan alegre... Como la vida, padre. **(Apoyando otra vez la cabeza en las rodillas de ANDRÉS.)** ¡Le quiero! **(Se calla y sueña.)** Es mi vida...

ANDRÉS.- **(Muy pálido ya. Sin voz.)** ¿Qué dices? ¡Hija!

ESTRELLA.- **(Transición: en pie, alegre, anhelante.)** Padre... Nos iremos de aquí ¿verdad? ¡Al mundo! ¡A la vida! Marcel nos llevará muy lejos... Dime que sí, padre. Dímelo...

ANDRÉS.- **(Escondiendo la cara entre las manos. Un sollozo.)**
¡¡Oh!!

ESTRELLA.- ¿Por qué no contestas? Di que nos iremos. ¿Por qué no hablas? ¡Oh! ¿Por qué no quieres? **(Corriendo a refugiarse aterrada en los brazos de MARCEL.)** Si te niegas seré capaz de ahogarme con él en el mar... ¡Lo juro!

MARCEL.- ¡Estrella!...

(ANDRÉS solloza, una pausa. Asoma PEDRO la cabeza y llama tímidamente.)

PEDRO.- ¡Chiss! Andrés... Oye. Me parece que la muchacha tiene razón. Deberíamos irnos... Yo creo que ya hemos estado aquí una temporadita. ¿Eh, Andrés? **(Entra y se acerca.)** ¡Je! Vámonos de aquí, Andrés... ¿No me oyes? Mira: todos estamos llenos de esperanza... ¿Querrás, Andrés? Di. **(Y a su lado, suplicante, casi de rodillas.)** Yo siempre te he obedecido. Seguí todos tus caprichos. Pero ahora te lo pido con toda mi alma. Vámonos, Andrés... **(Un gemido.)** Si no, me volveré loco y no quiero... ¡No quiero, Andrés! Yo quiero vivir. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

(Entra SIMÓN.)

SIMÓN.- ¡Ea! ¿Cuándo nos vamos?

ANDRÉS.- (Dolorosamente.) ¡Simón!

(Dentro, arriba, un grito de ANA. Todos se vuelven con ansiedad.)

TODOS.- ¿Eh?

ANA.- ¡Señor! (Surge en la escalera. Baja precipitadamente.)
¡Señor! ¡Señor!

SIMÓN.- ¡Ana! ¿Estás loca?

PEDRO.- ¿Qué pasa?

ESTRELLA.- ¡Ana!

ANA.- ¡El pobre Tony!

TODOS.- ¿Qué?

ESTRELLA.- ¡Oh, Ana!

ANA.- Estaba dentro de la lancha, alegre como una criatura. Daba saltos. Hablaba solo, se reía. Yo le vi desde lejos... De pronto cogió los remos, remó con todas sus fuerzas y se fue...

TODOS.- (Espantados.) ¡Oh!

ANA.- Se fue por el mar adelante. Ya está muy lejos. Yo lo he visto. Le grité con toda mi alma, pero fue inútil... (Llora.)

ESTRELLA.- (Un sollozo.) ¡Tony!

SIMÓN.- ¡Se perderá en el mar!

PEDRO.- ¡Viejo loco!

ANA.- Fue la alegría... Iba trastornado. ¡Oh, Dios mío! ¡Pobre Tony! ¡Ya no lo veremos más!

SIMÓN.- ¡Perecerá!

ANDRÉS.- Tony, loco... ¡Loco!

(Una pausa larga y angustiada. HANS se vuelve lívido hacia
MARCEL.)

HANS.- Se llevó la barca. Ya es irremediable, Marcel... ¡¡Aquí para siempre!! ¡¡Para siempre!!

PEDRO.- (Trémulo. En un alarido.) ¡¡Para siempre!!

ANDRÉS.- (Como un eco.) Para siempre...

ANA.- (Solloza.) ¡Para siempre!

ESTRELLA.- (Revolviéndose con toda su alma.) ¡No, Marcel!
¡¡No!! ¡¡No!! ¡Ahora ya no podría! ¡No quiero! ¡No quiero! No
quiero...

MARCEL.- (Abrumado.) Calla... Es atroz.

(Un silencio. ESTRELLA solloza, PEDRO gime al fondo y de
pronto, en la lejanía, una salva de cañonazos. Se agitan todos.)

TODOS.- ¿Eh?

MARCEL.- (En pie en un resurgir.) ¡Callad!

ANA.- ¡Dios mío!

SIMÓN.- ¡Cañonazos!

PEDRO.- ¿Oís?

MARCEL.- (Mientras prosiguen los disparos.) ¡Silencio! ¡¡Hans!!

HANS.- (Emocionadísimo.) ¡Sí, Marcel!

MARCEL.- ¿Oyes? ¡Es la escuadra!

(Arrecian las baterías.)

HANS.- ¡¡Sí!!

MARCEL.- ¡La escuadra estaba cerca! ¡Están combatiendo! Yo
tenía razón...

HANS.- ¡Se acercan!

MARCEL.- ¡¡Estrella!! ¡¡Mi vida!! (Un grito.) ¡Salvados!

TODOS.- ¡¡Salvados!! ¡¡Salvados!!

(Corren hacia la escalera.)

PEDRO.- ¡A la playa! ¡Pronto! (Como un loco.) Salvados,
salvados...

HANS.- ¡Corramos, Marcel! ¡Vivo!

(Suben.)

ANA.- ¡Yo voy también!

MARCEL.- Vamos, Estrella.

ESTRELLA.- ¡Contigo siempre!

MARCEL.- Ven... **(Volviéndose hacia ANDRÉS Kovach. Triunfal.)** ¡Andrés Kovach! Véalo usted: la guerra que es el dolor y la muerte trae ahora para nosotros la vida y la libertad... Corramos, mi vida. ¡Vamos a vivir!

ANDRÉS.- **(Débilmente, cuando el criado está a punto de alcanzar la escalera siguiendo a los demás.)** ¡Simón!

SIMÓN.- **(Se detiene impresionado.)** Señor.

ANDRÉS.- ¡Simón!

SIMÓN.- **(Acudiendo.)** Aquí estoy, señor.

ANDRÉS.- ¿Tú también, Simón? Pero, ¿es que no lo sabes todo?

SIMÓN.- ¡Ah! **(Aterrado. Una transición como volviendo en sí.)** ¡Perdón, señor! ¡Me volví loco! Solo pensé en huir de aquí como todos... ¡Perdón! ¡¡Perdón!!

ANDRÉS.- Pero, ¿es que ya has olvidado por qué yo no puedo volver jamás al mundo?

(Un gemido. Lejos prosigue el cañoneo.)

TELÓN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

